Hermanos de las Escuelas Cristianas

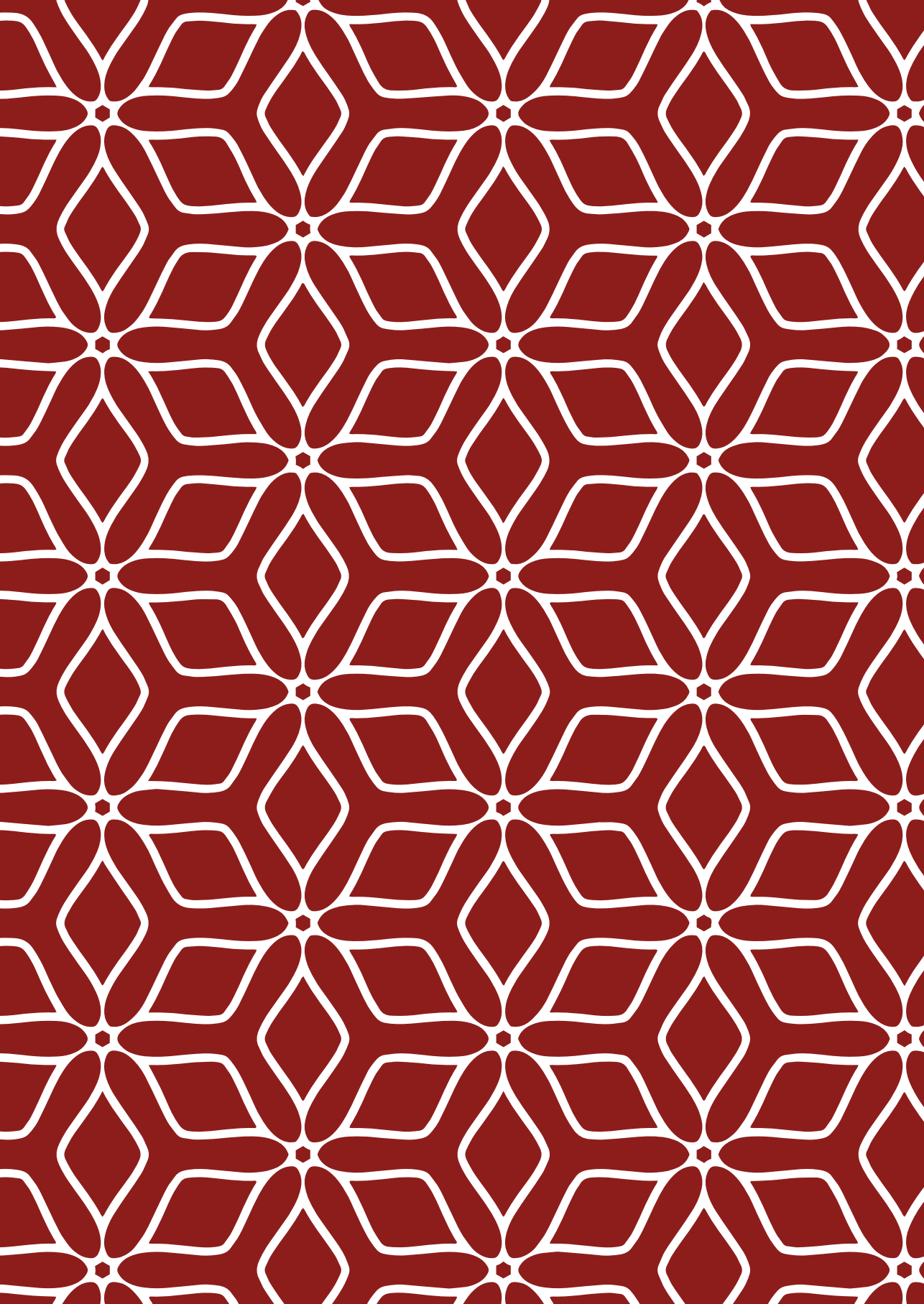
La espiritualidad pedagógica de Juan Bautista de La Salle y los primeros Hermanos

Autor

Hno. George Van Grieken, FSC

La Salle

Cuadernos MEL 65



La espiritualidad pedagógica de Juan Bautista de La Salle y los primeros Hermanos

Autor

Hno. George Van Grieken, FSC

Noviembre de 2025

Hermanos de
las Escuelas
Cristianas

CUADERNO MEL N.° 65
Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas
La espiritualidad pedagógica de Juan Bautista de La Salle
y los primeros Hermanos

Autor
Hno. George Van Grieken, FSC

Dirección general
Hno. Santiago Rodríguez Mancini, FSC

Dirección editorial
Sr. Óscar Elizalde Prada

Coordinación editorial
Sra. Ilaria Iadeluca

Traductor
Hno. Agustín Ranchal, FSC

Coordinación gráfica
Sra. Giulia Giannarini

Maquetación
Sr. Milton Ruiz Clavijo

Producción editorial
Ilaria Iadeluca, Giulia Giannarini, Fabio Parente, Óscar Elizalde Prada

Impresión
Tipografía Salesiana Roma

Oficina de Información y Comunicación
Casa Generalicia, Roma, Italia

Noviembre de 2025

** Esta obra ha sido publicada originalmente en inglés*

ROMA, ITALIA
FRATRES SCHOLARVM CHRISTIANARVM
CASA GENERALICIA

ISBN:
978-88-99383-40-4

Índice

Presentación **4**

Introducción **8**

Visión educativa de Juan Bautista de La Salle **15**

Elementos de la visión y la práctica de La Salle **17**

La práctica educativa de La Salle **33**

Conclusión **65**

PRESENTACIÓN

El Hermano George Van Grieken es un investigador lasaliano reconocido tanto en América como en la Región Lasaliana de Asia y el Pacífico. De origen neerlandés, creció en los Estados Unidos, donde ha dedicado su vida a la educación y a la evangelización. Aprendiz permanente, animado por un espíritu dinámico e inquisitivo, explora el carisma lasaliano a través de un amplio abanico de intereses en la educación, la espiritualidad, la formación y la tecnología, inspirando iniciativas creativas para la renovación de la vida lasaliana.

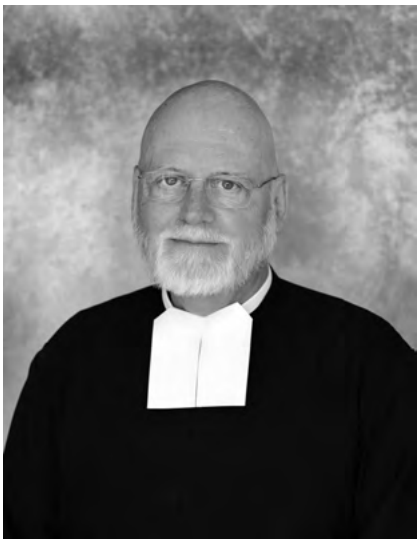
El texto que aquí presenta es una versión condensada de su tesis doctoral de 1995 en Boston College. El título de este *Boletín MEL* se toma del subtítulo de esa obra, un valioso hallazgo en sí mismo. "Una espiritualidad pedagógica" es una formulación elocuente que expresa una de las características más profundas de la espiritualidad lasaliana: la negativa a separar o dividir lo que, en realidad, es una sola realidad, a saber, la vida interior y el trabajo concreto de la misión educativa.

En el corazón de esta comprensión se encuentra la convicción de que la primera mediación pedagógica es el propio maestro; por eso, todo lo que hagamos para enriquecer nuestra vida personal resonará inevitablemente en nuestro ministerio. La educación, en su esencia, es una relación entre personas.

Agradecemos al Hermano George por esta contribución y deseamos que su lectura enriquezca nuestra vida como educadores cristianos. Nuestras oraciones acompañan a cada uno de ustedes, estimados lectores.

Hno. Santiago Rodríguez Mancini, FSC
Director de la Oficina de Patrimonio Lasaliano e Investigación

El autor



George Van Grieken, FSC

El Hermano George Van Grieken, FSC, pertenece al Distrito de San Francisco-Nuevo Orleans (SFNO) en los Estados Unidos. Posee un Doctorado en Teología y Educación por Boston College, una Maestría en Teología por Saint Mary's College of California y una Licenciatura en Artes Liberales Integradas por la misma institución. De 2019 a 2023 prestó servicio en la Casa Generalicia del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en Roma como Director del Servicio de Investigación y Recursos Lasalianos. Desde 2016 dirige el Centro de Recursos Lasalianos (www.lasallianresources.org) del Distrito SFNO. En 2012 inició y supervisó la creación de www.dls-footsteps.org, una experiencia de peregrinación digital que explora la vida y el legado de San Juan Bautista de La Salle.

El Hermano George ha dado clases de religión, matemáticas y estudios generales en escuelas lasalianas de primaria y secundaria y más tarde desempeñó funciones administrativas y de liderazgo comunitario, entre ellas las de director de comunidad, coordinador de formación, subdirector de novicios, director de postulantes, director de vocaciones y presidente y director general de la escuela lasaliana IB en Singapur. Ha estado siempre implicado en la formación y la pedagogía lasalianas, diseñando y facilitando programas o retiros

para profesores, directivos, novicios y miembros de consejos de administración. Fue el primer coordinador de formación lasaliana del Distrito de San Francisco y más tarde ocupó el cargo de director pastoral vocacional durante seis años, para luego convertirse en el primer director regional de pastoral vocacional en Región Lasaliana de América del Norte (Relan).

Como investigador y estudioso lasaliano, el Hermano George ha elaborado numerosos estudios y recursos sobre San Juan Bautista de La Salle y el Instituto, entre ellos *To Touch Hearts: The Pedagogical Spirituality of St. John Baptist de La Salle* (1995), *Touching the Hearts of Students* (1999), *The Teacher's Saint* (2019) y *Lasallian Ruminations* (2020). También editó las *Cartas Pastorales de los Hermanos John Johnston* y *Álvaro Rodríguez Echeverría*, y fue responsable del proyecto de traducción al inglés de *Jean-Baptiste de La Salle: A Mystic in Action* (2022). Sus artículos han aparecido en la *AXIS: Journal of Lasallian Higher Education* y en otras publicaciones lasalianas.

El Hermano George es ampliamente reconocido por su contribución a la formación de nuevas generaciones de lasalianos mediante su enseñanza, sus publicaciones y su participación continua en programas como el Instituto Buttimer de Estudios Lasalianos y el Instituto Hermano John Johnston de Práctica Lasaliana Contemporánea. También ha dirigido retiros para Hermanos y educadores lasalianos en Roma, Tailandia, Filipinas, Australia, Colombia y los Estados Unidos. Entre sus iniciativas actuales se encuentra la exploración de cómo la inteligencia artificial puede servir como herramienta de investigación para aprovechar y aplicar los recursos académicos lasalianos existentes.

INTRODUCCIÓN

¿Poseéis vosotros tal fe que sea capaz de mover el corazón de vuestros alumnos e inspirarles el espíritu cristiano?

La espiritualidad es "una dimensión de la existencia humana que puede expresarse dentro o independientemente de una tradición religiosa. Es la forma de ser, pensar, elegir y actuar de una persona en el mundo de acuerdo con sus valores últimos".[1] La espiritualidad lasaliana es una manera de estar en el mundo "por la cual las personas tratan de integrar sus vidas a través de la colaboración con Dios en el ministerio de la educación humana y cristiana, especialmente con los pobres, de acuerdo con la visión de Juan Bautista de La Salle".[2] La espiritualidad lasaliana anima un "carisma, una gracia que Dios otorga al mundo y que se expresa específicamente en un modo de vida o en un ministerio, y la mejor manera de aprender sobre la espiritualidad lasaliana es formar parte de una auténtica comunidad educativa lasaliana".[3]

El "espíritu" que Juan Bautista de La Salle identificó como "El espíritu del Instituto" combina intrínsecamente "fe" y "celo". Esta integración de una profunda confianza en Dios con una pasión activa por el ministerio es algo que llegó a entender como una única realidad: "No hagáis diferencia entre los deberes propios de vuestro estado y el negocio de vuestra salvación y perfección. Tened por cierto que nunca obraréis vuestra salvación, ni adelantaréis tanto en la perfección, como cumpliendo bien los deberes de vuestro estado, con tal que lo hagáis con el fin de obedecer a Dios".[4]

Ese mismo espíritu se expresa en y a través de una comunidad integrada de muchos niveles. "La espiritualidad lasaliana es una espiritualidad de comunión y asociación. Como comunidad buscamos, identificamos y promovemos la misión lasaliana y el bien común, comprometiendo a todas las personas de buena voluntad y acogiendo

---

1 *Formación Lasaliana para la Misión: El Itinerario*. Roma: Hermanos de las Escuelas Cristianas, 2019, 131.

2 *Ibid.*, 131.

3 *Espiritualidad Lasaliana Hoy*. Roma: Hermanos de las Escuelas Cristianas, 2022, N.º 4, N.º 13.

4 *Ibid.*, N.º 16; Juan Bautista de La Salle, *Colección de varios trataditos*, Obras Completas I. Trad. José María Valladolid. (Madrid: Hermanos de las Escuelas Cristianas, 2001), 175.

las diversas experiencias religiosas de los miembros de la comunidad".[5] Es el tapiz de las relaciones vividas dentro de una comunidad educativa lo que teje su identidad, y la comunidad adulta de la escuela "modela y permea gradualmente el carácter de la comunidad educativa más amplia de la escuela".[6]

Todo esto cobra vida en obras educativas singulares esparcidas por todo el mundo, entre diferentes personas, programas, lenguas y culturas, cada uno reflejando una faceta distinta del carisma lasaliano –una joya que irradia luz– a medida que la gente descubre la riqueza de la vida lasaliana y la comparte con los demás. Es el tipo de carisma y ministerio que existe porque vive diariamente en las vidas de muchos. "La espiritualidad lasaliana es esencialmente una espiritualidad encarnada que se vive en comunidad a través de itinerarios vocacionales personales".[7]

Éstos son algunos de los elementos básicos, una expresión de cómo el mundo lasaliano se percibe hoy a sí mismo. A partir de este auto-conocimiento, ¿cómo podríamos llegar a una mejor comprensión de lo que hay detrás de este movimiento educativo católico lasaliano evidentemente activo y exitoso? ¿Qué lo ha hecho funcionar? Un componente importante es el hecho de que la espiritualidad lasaliana es una espiritualidad de encarnación centrada en la pedagogía.

Ser hoy una auténtica escuela lasaliana u otra obra educativa marca claramente una diferencia real para los alumnos, padres, maestros, tutores, orientadores y todos los que están dentro del círculo de una escuela, modelada por la visión silenciosamente explosiva de San Juan Bautista de La Salle, desarrollada a lo largo de cuarenta años de discernimiento comunitario con los Hermanos –un trabajo o amor compartidos, siempre difícil y a la vez gratificante– e impulsada por la más atractiva de todas las experiencias, el Evangelio que responde a las necesidades de quienes nos han sido confiados.

---

5 *Espiritualidad Lasaliana Hoy*. Roma: Hermanos de las Escuelas Cristianas, 2022, N.º 64.

6 *Idem*.

7 *Ivi*, N.º 20.

Cualquiera que haya estado alguna vez en un aula conoce el significado de "espiritualidad encarnada". Un maestro puede entrar en el aula con ideales, visión, esperanza y amor. Pero lo que se compromete inmediatamente son los ojos, la voz, el lenguaje corporal, la actitud, la mente y la voluntad. Toda la persona del maestro es lo que debe estar presente, configurando y definiendo la atmósfera del aula y sus actividades educativas, prestando atención a los alumnos y al entorno, con lecciones y programas educativos bien preparados, un compromiso reflexivo y una disciplina suave de la mente, la moral y la memoria. Los maestros pueden ser muy reservados fuera del aula, pero cuando están con los alumnos, de repente se vuelven muy públicos: son observados y reconocidos.

Lo que La Salle sabía desde el principio era que las personas, los maestros, marcaban la diferencia. Quiénes eran esos maestros y cómo vivían y trabajaban juntos determinaba si podía tener lugar una auténtica educación. Esto sigue siendo cierto hoy día. El maestro es un testigo o un extraño,[8] y la enseñanza es relacional o transaccional. No hay término medio. La Salle sabía, o llegó a saber, que los alumnos admiran a y aprenden de un adulto de confianza, especialmente cuando pueden formar parte de una comunidad educativa activa con itinerarios de aprendizaje claros, altas expectativas, correcta disciplina, interacciones definidas con los demás y una cultura escolar en general indulgente.

Una manera de distinguir el carisma educativo que Juan Bautista de La Salle y los primeros Hermanos desarrollaron es desde la perspectiva de una "espiritualidad pedagógica". Una espiritualidad lasaliana está impregnada de pedagogía. No existe sin educación y enseñanza. Impregna el encuentro pedagógico con ingredientes sagrados y sacramentales. Cualquier educador sabe que las pequeñas cosas pueden marcar una gran diferencia en el aula o en la escuela: una decisión o una conversación en el momento oportuno, una frase o una acción en el momento oportuno, pueden cambiar a un alumno o a toda una clase.

---

8 Heschel, Abraham Joshua. *I Asked for Wonder: A Spiritual Anthology*. Editado por Samuel H. Dresner. Nueva York: *Crossroad Publishing Company*, 1983.

He aquí un ejemplo. Una clase de química de 11.º había tenido tres profesores sustitutos en dos meses. El subdirector estaba desesperado por encontrar a alguien que pudiera cubrir la plaza vacante. Finalmente, oyó hablar de un Hermano que había sido un maestro con éxito en otro lugar, pero que trabajaba en un centro educativo privado en la ciudad cercana. Reprogramó la clase para la primera hora de la mañana y le rogó al Hermano que impartiera esa clase antes de acudir al centro privado. Finalmente, el Hermano accedió y se presentó el lunes siguiente. El subdirector le proporcionó los libros y le dijo dónde estaba el aula. Pero el Hermano insistió en que él le acompañara a la clase y le presentara a los alumnos, y así hizo. Más tarde dijo que percibió que los alumnos se preguntaban cuánto duraría el nuevo maestro. Lo primero que el Hermano dijo a los alumnos fue que empezarían la clase con una oración, una oración improvisada. El subdirector dijo más tarde: "Durante esa oración, sentí que el aula cambiaba". Posteriormente, este Hermano se ganó a esta clase porque era a la vez un testigo, un "hermano" para los alumnos, y un educador bien cualificado. Podía lograr el cambio y sabía cómo hacerlo.

La historia demuestra por qué los detalles realmente importan cuando se trata de la persona del maestro y del ministerio de la educación. Es exactamente en esos detalles en los que La Salle centró su atención, orientación, oración y trabajo. Y gracias a esos detalles la educación lasaliana ha permanecido hasta hoy. Giran en torno al "por qué" de la pedagogía y al "cómo" de la pedagogía.

Dos libros, *Las Meditaciones* y *La Guía de las Escuelas Cristianas*, explican la respuesta lasaliana a esas preguntas.[9] Dan testimonio de la

---

9 Juan Bautista de La Salle. *Guía de las Escuelas Cristianas*. En: Obras Completas. Traducción, introducción general y presentación: José María Valladolid. Hermanos de las Escuelas Cristianas, Edición patrocinada por las Conferencias de Provinciales de la Agrupación Regional Lasaliana de España y Portugal (Arlep) y de la Región Latinoamericana Lasallista (Relal).

Juan Bautista de La Salle. *Meditaciones*. En: Obras Completas. Traducción, introducción general y presentación: José María Valladolid. Hermanos de las Escuelas Cristianas, Edición patrocinada por las Conferencias de Provinciales

experiencia vivida de ambas dimensiones, fe y celo, que impulsaron el movimiento lasaliano. A partir de estos dos textos, este breve ensayo ofrece una descripción guiada de las principales dimensiones de la educación lasaliana, tal como se inició y estableció a finales del siglo XVII. Conjuntos temáticos de citas de estos textos facilitan un sentido más amplio del espíritu central y de la esencia de la educación lasaliana tal como La Salle la concibió y tal como se desarrolló a través de las relaciones diarias entre maestros y alumnos en sus escuelas.[10] En agradecimiento al 98% de los educadores y educadoras lasalianos activamente comprometidos en la educación lasaliana hoy, el término "educador lasaliano" se utilizará en lugar de "Hermano" siempre que sea posible y apropiado.[11]

---

de la Agrupación Regional Lasaliana de España y Portugal (Arlep) y de la Región Latinoamericana Lasallista (Relal).

10 El material fundamental para este ensayo procede de mi tesis doctoral de 1995 en *Boston College*, bajo la dirección de Thomas Groome, titulada "*To Touch Hearts: The Pedagogical Spirituality of John Baptist de La Salle*". Un libro publicado 1998, "Touching the Hearts of Students", ofrece una versión popular de los puntos principales de la tesis doctoral, y este ensayo se deriva de ese trabajo. Ambos están disponibles en Amazon para quienes deseen profundizar en ellos. Nota del traductor: la segunda obra citada está traducida al español: "Llegar al corazón de los alumnos. Rasgos de las Escuelas Lasalianas" (traducción: Agustín Ranchal, FSC).

11 En aras de la simplicidad, todas las citas de este ensayo tienen una referencia breve y directa a las Meditaciones (p. ej., "Med. 53.2" para la 2.ª parte de la *Meditación* 53) o a la *Guía de las Escuelas* (p. ej., "GE 2.6.3" para la Sección 2.6.3).

VISIÓN EDUCATIVA DE JUAN BAUTISTA DE LA SALLE

Juan Bautista de La Salle no escribió tratados teóricos sobre educación, ni reflexiones de despacho sobre metodología, ni exhortaciones piadosas vacías. Por el contrario, escribió obras prácticas a medida que surgían las necesidades. ¿No había un silabario francés cuando se decidió que los alumnos debían aprender francés antes de aprender latín? Escribió uno, al que se atribuyó mucho más tarde el mérito de haber contribuido a establecer una forma coherente de hablar francés en toda Francia. ¿No existía un libro de lectura en francés adecuado para que los alumnos aprendieran a leer una vez aprendidas las nociones básicas? Escribió uno sobre los buenos modales entre ellos y el buen comportamiento en sociedad, para que los alumnos asimilaran algo valioso mientras aprendían a leer. ¿No había ningún cancionero que los alumnos pudieran emplear para sus cantos al final del día? Él escribió uno, tomando melodías populares y escribiendo letras sobre temas religiosos. ¿No había un recurso para el tiempo diario de meditación personal de los Hermanos, que pudiera centrarse específicamente en el ministerio educativo? Escribió uno, y en el proceso incluyó un conjunto de meditaciones para el tiempo de retiro que son quizás lo mejor que se ha escrito hasta ahora sobre lo que significa ser educador en la Iglesia. ¿No había ninguna presentación sistemática para dirigir escuelas de manera sistemática o para presentar la fe católica a los jóvenes alumnos? Él la escribió. Cada libro fue escrito por una razón práctica y basándose en las experiencias reales de maestros reales y alumnos reales. Así es cómo y dónde se desarrolló y expresó su visión educativa... en el aula, en la escuela y en la comunidad. Es aquí donde debemos buscar la visión y la práctica educativa lasaliana. Es ahí donde buscaremos: sus meditaciones escritas para los Hermanos, y el manual para la escuela desarrollado en colaboración con ellos.

ELEMENTOS DE LA VISIÓN Y LA PRÁCTICA DE LA SALLE

Las reflexiones de Juan Bautista de La Salle y las prácticas lasalianas que se derivaron de ellas pueden considerarse bajo cinco áreas de enfoque: 1) el Hermano o educador lasaliano, 2) el alumno, 3) la relación maestro-alumno, 4) la actividad docente, y 5) la escuela.

1. El Hermano o Educador Lasaliano

La vocación del educador lasaliano

Para La Salle, la vocación de maestro es a la vez un gran don y una gran responsabilidad. "Es gran don de Dios la gracia que os ha hecho al encargaros de instruir a los niños, anunciarles el Evangelio y educarlos en el espíritu de religión" (Med. 201.1). En sus meditaciones, exhorta a los educadores lasalianos a estar agradecidos por la "buena fortuna" de poder "procurar la santificación de los demás" (Med. 135.3).

Así como Jesucristo confió a sus Apóstoles la difusión del Evangelio, los educadores lasalianos son enviados por Jesucristo y encargados por la Iglesia de hacer lo mismo. "Debéis consideraros como los *depositarios de la fe*, para comunicársela. Este es el capital que Dios os confía y del cual os constituye administradores" (Med. 61.2).

La vocación del educador lasaliano es de gloria oculta, sin recompensa inmediata ni atractivo universal. "Gloria grande es, en efecto, para vosotros, instruir puramente por amor de Dios a vuestros discípulos, en las verdades del Evangelio" (Med. 207,2). Han sido elegidos para realizar un empleo que sólo estiman y honran quienes tienen un espíritu verdaderamente cristiano.

Lo que un educador lasaliano debe ser

La Salle utiliza un gran número de imágenes de las Escrituras, de la piedad popular y de la vida cotidiana para describir el tipo de educador que contempla. Como puede apreciarse en el siguiente pasaje, su imagen clave del educador lasaliano se centra en la persona de Jesús mismo:

> Como sois los embajadores y los ministros de Jesucristo en el empleo que ejercéis, tenéis que desempeñarlo como representando al mismo Jesucristo. Es Él quien quiere que vuestros discípulos os miren como a Él mismo, y que reciban vuestras instrucciones como si fuera Él mismo quien se las diera; y deben estar persuadidos de que es la verdad de Jesucristo la que habla por vuestra boca, que sólo en nombre suyo les enseñáis, que Él es quien os da autoridad sobre ellos (Med.195.2).

Sin embargo, al educador lasaliano no le basta con conformarse "sólo a Jesucristo en su proceder y en la conversión de las almas" (Med.196.3). Hay que entrar también en sus intenciones y en sus metas. De lo contrario, el educador porta en vano el nombre de "cristiano" o "ministro de Jesucristo". El reto consiste en estar a la altura de la vocación docente recibida.

Los educadores cristianos, como "voz de Dios", son el medio por el que Dios difunde el Evangelio. "Eso es también lo que debéis hacer vosotros, a quienes Jesucristo escogió entre otros muchos para ser sus cooperadores [1 Cor 3,9] en la salvación de las almas" (Med. 196.2). Han asumido las funciones de los Apóstoles. Como San Juan Bautista, son precursores de Jesucristo, preparando el camino para su venida. En su labor, los educadores lasalianos imponen "todo el cuidado y toda la aplicación posible para asentar en el corazón de los niños, muchos de los cuales quedarían abandonados, el cimiento de la religión y de la piedad cristiana, como buenos arquitectos, según la gracia (de Jesucristo) que Dios les ha dado [1 Cor 3,9]" (Med.193.2).

Los educadores lasalianos deben considerarse también partícipes del ministerio de los ángeles custodios, iluminando las mentes con la luz necesaria para conocer la voluntad de Dios y alcanzar la salvación, e inspirando a sus alumnos, procurándoles "los medios para obrar el bien que les conviene" (Med.198.2). Los educadores lasalianos están llamados a ser "buenos guías y ángeles visibles" (Med.197.1), guiando a sus alumnos por el camino del cielo.

Lo que un educador lasaliano debe tener

Los educadores lasalianos han de poseer una combinación de dedicación y bondad, valor y fe, un "encendido celo" (Med.168.2) unido a una "disposición generosa" (Med.135.2), una combinación de atención y vigilancia. "Cuanta mayor virtud y perfección exija vuestro estado, tanta mayor necesidad tenéis de fortaleza y de generosidad para alcanzarlas" (Med 49.1), fuerza que se encuentra especialmente en la Eucaristía.

La Salle exhorta así a los educadores lasalianos: "no debéis vivir ni guiaros sino conforme al espíritu y las luces de la fe. Y sólo el Espíritu de Dios os puede poner en tal disposición" (Med. 43.2). "La simple fe en los misterios sería suficiente para vosotros, pero no os es suficiente para con ellos" (Med. 37.2). Para procurar el "espíritu del cristianismo... a los demás debéis poseerlo bien vosotros mismos" (Med. 37.2).

Para adquirir tal espíritu, hay que buscar "la amistad de Jesús" (Med. 88.1) para que "os ame tiernamente y se complazca en estar con vosotros" (Med. 88.1). Como el sarmiento obtiene su savia y su fuerza de la vid, "el fruto que podáis producir en vuestro empleo… no será ni verdadero ni eficaz sino en la medida en que Jesucristo lo bendiga y vosotros permanezcáis en Él" (Med. 195.3).

El estilo de vida de los educadores lasalianos debe ser un modelo para sus alumnos "porque han de encontrar en vosotros las virtudes que ellos deben practicar" (Med. 178.1). En la *Colección de varios trataditos*, estas virtudes se especifican bajo el título "Las doce virtudes del buen maestro" como seriedad, silencio, humildad, prudencia, sabiduría, paciencia, mesura, mansedumbre, celo, vigilancia, piedad y generosidad.

Lo que un educador lasaliano debe hacer

El contenido de la instrucción cristiana viene de Dios y se traspasa del maestro al alumno en virtud de la acción de Dios dentro de ese maestro. La tarea del maestro comienza con la adquisición de lo que sea necesario para un ministerio eficaz.

Puesto que Dios se da cuenta de que el educador lasaliano no tiene "ni suficiente virtud ni suficiente poder" (Med. 37.3) para procurar a los alumnos todo lo necesario, hay que pedir a Dios estas gracias "frecuente, fervorosa e insistentemente" (Med. 37.3). Siguiendo la enseñanza de San Agustín, el educador lasaliano debe aprender primero lo que se ha de enseñar y debe practicar primero lo que se ha de alentar. "Pedid, pues, a Dios aquello que no hay en vosotros, a fin de que Él os conceda plenamente lo que os falta, es decir, el espíritu cristiano y un profundo conocimiento de la religión" (Med. 37.2). "No os contentéis, pues, con leer o aprender de los hombres lo que tenéis que enseñar a otros… pedid a Dios que lo grabe de tal modo en vosotros, que ya nunca tengáis motivo para ser ni para consideraros a vosotros mismos sino como ministros de Dios y dispensadores de sus misterios" (Med, 3.2).

El proceso de instrucción cristiana depende tanto del ejemplo como de cualquier otro componente. El maestro debe enseñar con el ejemplo. "Predicad con el ejemplo y practicad ante ellos (los alumnos) lo que queréis inculcarles" (Med.100.2).

> ¿Queréis que vuestros discípulos practiquen el bien? Practicadlo vosotros mismos, pues les convenceréis mucho mejor con el ejemplo de una conducta juiciosa y modesta que con todas las palabras que pudierais decirles. ¿Queréis que guarden silencio? Guardadlo vosotros (Med. 33.2).

La verdad del Evangelio "no la haréis eficaz para los otros sino en la medida en que produzca su efecto en vosotros" (Med. 138.3). La instrucción apoyada en el ejemplo es una de las principales características del celo del educador lasaliano. Sin el ejemplo, el celo de uno "produciría pocos frutos y tendría poco éxito" (Med. 202.3). El celo debe hacerse realidad en la propia conducta para que los alumnos lo consideren atrayente.

El fundamento de la instrucción cristiana consiste en la vida activa de oración del educador lasaliano. "Tratad de conocerlo tan bien, por medio de la lectura y por la oración, que estéis en condiciones de darlo a conocer a los demás, y conseguir que sea amado de todos aquellos a quienes lo hayáis dado a conocer" (Med. 41.3). "…Para atraer sobre

vosotros, por medio de la oración, las gracias de Dios que necesitáis para ejercer, según el espíritu y la intención de la Iglesia, el empleo que ella os ha encomendado" (Med. 200.1). La oración obtiene todo lo que se necesita para una enseñanza eficaz, para "obtener de Dios las gracias que necesitáis para desempeñar bien vuestro empleo, y para atraer sobre vosotros las luces con que debéis estar esclarecidos para formar a Jesucristo en los corazones de los niños que están confiados a vuestra solicitud" (Med. 80.2).

La Salle indica a sus maestros que se dirijan a Dios antes, durante y después del ejercicio del propio ministerio. "Debéis aplicaros mucho a la oración, presentando constantemente a Jesucristo las necesidades de vuestros discípulos, exponiéndole las dificultades que hayáis encontrado en su dirección" (Med. 196.1) La oración "comunica unción santa" (Med. 159.2) a las propias palabras, haciendo que el educador lasaliano sea capaz de penetrar eficazmente en las profundidades de los corazones de sus alumnos. Cuanto más se practique la oración, "tanta mayor facilidad os hará encontrar Dios para mover sus corazones" (Med. 148.2).

2. El alumno

La identidad de los alumnos

A lo largo de sus meditaciones, La Salle utiliza el término *alumnos* (*élèves) sólo* veinte veces; la mayoría de las veces utiliza el término *discípulo* (setenta y una veces). Aunque el término *discípulo* se refería directamente a la misión o vocación del educador lasaliano de hacer de estos alumnos discípulos de Jesucristo, también denotaba la relación entre maestro y alumno. Siendo como era la educación popular en el siglo XVII, la relación entre maestro y alumno apenas pasaba de ser, en el mejor de los casos, comercial. Al describirlos como discípulos, La Salle no sólo estableció un componente esencialmente religioso en la relación entre maestro y alumno, sino que también introdujo un elemento de responsabilidad que daba a los alumnos un lugar central en la empresa educativa.

No se enseña a los discípulos en el sentido habitual. No se trata simplemente de transmitir conocimientos. Más bien, los alumnos son una prolongación del maestro, pues asumen sus convicciones, compromisos y prácticas; en una palabra, asumen la espiritualidad del maestro. Un maestro con discípulos tiene un interés personal en ellos, ya que re-presentan todo lo que el maestro les transmite. Al llamar *discípulos* a los alumnos, La Salle indica desde el principio el tipo de relación cristiana que espera entre maestro y alumno en una escuela.

La Salle también destaca el valor que tienen los alumnos al articular la esencia de su identidad religiosa. "Poned mucho mayor esmero en su educación e instrucción que el que pondríais con los hijos de un rey" (Med. 133.2). En ese sentido merecen mayor consideración que los hijos de la realeza. Estos niños son "las imágenes vivas de Jesucristo" (Med. 80.3), y los educadores lasalianos deben "honrar a Jesucristo en sus personas [Mt 25,40]" (Med. 80.3).

Para La Salle, todos los alumnos eran una encarnación próxima de Jesucristo. "Reconoced a Jesús bajo los pobres harapos de los niños que tenéis que instruir; adoradlo en ellos" (Med. 96.3). Los alumnos pueden, al principio, parecer de capacidad limitada y, por tanto, percibidos como de valor limitado. Pero, como seres humanos creados por Dios, su estatura es mucho mayor. Los niños que aparecen ante el educador lasaliano son descritos también como "viajeros cansados y agotados" (Med. 37.1), "huérfanos pobres y abandonados" (Med. 37.3) en el camino de la vida buscando dirección, testimonio y guía en un mundo confuso. La afinidad que La Salle siente por ellos es evidente en estas reflexiones, un sentido de compasión y empatía que insta a otros a adoptar también.

La experiencia de los alumnos

La Salle era muy consciente de la situación en la que se criaban los niños pobres y de clase trabajadora de las ciudades de la Francia del siglo XVII. La mayoría de las veces se les desatendía o ignoraba, se les dejaba entretenerse como quisieran hasta que los más afortunados podían empezar a trabajar en algún oficio o alguna profesión,

mientras que el resto engrosaba las filas de la clase trabajadora pobre. Las normas morales eran laxas o prácticamente inexistentes.

Se esperaba que cada persona sobreviviera por sí misma en una economía cada vez más potente e individualista. La Salle se dio cuenta de que la sociedad educaba a los niños en formas de pensar y comportarse que les acompañarían toda la vida. Por eso era tan importante formar su carácter cristiano a una edad temprana.

Los niños, escribe De La Salle:

> parecen no tener otra inclinación que la de contentar sus pasiones y sentidos y dar gusto a la naturaleza.... Por tanto, el medio de librar del infierno las almas de los niños... es valerse de este remedio, que les infundirá cordura; por el contrario, si se les abandona a sus antojos, correrán peligro de perderse y causarán muchos disgustos a sus padres. Las faltas cometidas se irán convirtiendo en hábito, del que les costará mucho corregirse, pues las buenas y malas costumbres adquiridas en la infancia y mantenidas por mucho tiempo se convierten de ordinario en naturaleza.... Puede decirse, en efecto, con razón, que el niño que se ha habituado al pecado ha perdido, en cierto modo, su libertad, y él mismo se ha convertido en cautivo y desgraciado (Med. 203.2).

Debido a su sensibilidad, "es mucho más fácil que los niños caigan en algún precipicio, porque son débiles tanto de espíritu como de cuerpo, y tienen pocas luces para el bien" (Med. 197.3). No basta con enseñar a los niños los conocimientos que necesitan e inculcarles las disposiciones que deben tener, también "necesitan, para conducirlos por el camino de la salvación, las luces de algunos guías vigilantes que posean suficiente comprensión de las cosas relativas a la piedad y conocimiento de las faltas corrientes entre los jóvenes, para dárselas a conocer y preservarlos de ellas" (Med. 197.3).

La Salle reconocía que los padres de los niños pobres raramente formaban la dimensión religiosa de la vida de sus hijos. Puede que desearan esa formación y reconocieran sus beneficios, pero a menudo estaban demasiado ocupados en ganarse la vida como para dedicarse

a ello ellos mismos. Como resultado, los niños que asistían a la escuela "o no han recibido educación, o sólo la han tenido mala; y si alguna buena enseñanza recibieron, las malas compañías o los malos hábitos les han impedido obtener provecho de ella" (Med. 37.2). Precisamente con esta vívida conciencia de su estado, las Escuelas Cristianas trabajaban para procurarles la salvación, un objetivo que incluía consecuencias tanto inmediatas como a largo plazo.

El enfoque hacia los alumnos

De forma sintetizada, La Salle señala la necesidad de enseñar a los jóvenes realidades tanto espirituales como prácticas con vistas a cultivar la piedad, palabra que en francés significa algo más que prácticas devocionales.

> Procuraréis el bien de la Iglesia haciéndolos verdaderos cristianos, y tornándolos dóciles a las verdades de la fe y a las máximas del Santo Evangelio. Procuraréis el bien del Estado enseñándoles a leer y a escribir, y todo lo que corresponde a vuestro ministerio, en relación con el mundo exterior. Pero hay que unir la piedad con lo externo, sin la cual vuestro trabajo sería poco útil (Med. 160.3).

En la medida de lo posible, los educadores lasalianos se esfuerzan por preservar la inocencia de aquellos que les son confiados, cultivando la virtud de la pureza, "virtud tan difícil de conservar en un siglo tan corrompido como el nuestro" (Med. 80.3). Esta afirmación es quizá tan aplicable, si no más, en los tiempos actuales.

Se alienta a los educadores lasalianos a "sentir particularísima ternura" (Med. 80.3) por sus discípulos. "Haced patente, por los cuidados que les prodiguéis, que los amáis de veras" (Med. 80.3). Cuanto más afecto se les muestre, especialmente hacia los pobres y menos afortunados, más se sentirán inspirados por los esfuerzos del educador lasaliano y "más perteneceréis a Jesucristo" (Med. 173.1).

La Salle había observado en numerosas ocasiones que las "las inclinaciones de los jóvenes son fáciles de moldear, y ellos, por su parte,

aceptan, sin mayor dificultad, los sentimientos que se les inspira" (Med.186.1). Por eso es tan importante que el educador lasaliano actúe "con tanta prudencia respecto de ellos, que procuren que nada, ni en ellos ni en su proceder, sea capaz de llevarlos a aborrecer el servicio de Dios, o de apartarlos lo más mínimo de sus deberes" (Med.115.1). Su cercanía a los alumnos debe ser un ejemplo constante, ya que esto se dirige a sus capacidades personales de aprendizaje y confirma el contenido de la propia enseñanza.

El planteamiento más importante que defiende La Salle es "recurrir a Dios, llamar a la puerta, rogar, solicitar con insistencia, incluso hasta importunar" (Med. 37.2) la gracia de estar a la altura de la propia vocación de educador lasaliano.

> Tenéis que instruir a dos clases de niños: unos son libertinos e inclinados al mal; otros son buenos, o al menos sienten inclinación al bien. Rogad constantemente por unos y por otros, a ejemplo de san Marcelo, particularmente por la conversión de aquellos que tienen malas inclinaciones; y procurad conservar y confirmar a los buenos en la práctica del bien. Con todo, cuidad que vuestra preocupación y vuestras más fervorosas oraciones se ordenen a ganar para Dios los corazones de aquellos que tienen tendencia al mal (Med. 186.3).

El resultado final en los alumnos

Los alumnos dan testimonio de la educación cristiana que han recibido cuando "piensan a menudo en Jesús, su buen y único Señor, ...hablan a menudo de Jesús, ...no aspiren sino a Jesús, y no respiren sino por Jesús" (Med. 102.2). Ellos "practican lo que Jesucristo nos dejó en el Santo Evangelio" (Med. 116.2). Se encuentra en el lenguaje de La Salle un deseo permanente de hacer que la persona de Jesucristo cobre vida para los alumnos, de modo que Jesús se convierta para los alumnos en el mismo tipo de presencia importante que ha supuesto para sus maestros.

Al mismo tiempo, los alumnos "a ser miembros, y un día habrán de serlo plenamente" (Med. 160.3) de la Iglesia. Tal pertenencia se muestra en su docilidad a las verdades de fe y a las máximas del Evangelio, junto con la piedad y el espíritu de religión. La piedad "es el objeto principal y el fin de vuestro empleo" (Med. 186.1). Puede percibirse aquí que esta palabra "piedad" tiene un significado que gira en torno a la idea de madurez cristiana.

Los alumnos también son enviados con un conocimiento de todas las verdades prácticas y habilidades les permitirán convertirse en miembros responsables de la sociedad. La lectura, la escritura, el cálculo, los buenos modales, el ejemplo piadoso –todas las formas de conocimiento que les son útiles– les han sido impartidas durante los dos o tres años que han pasado en la Escuela Cristiana.

Todos estos buenos resultados se llevan a término en su santidad y en su unión con Cristo a través de la Iglesia. La Salle apenas puede contener su entusiasmo cuando habla de esto, declarando que la preocupación del educador lasaliano es:

> hacerlos santos, que lleguen todos a la edad del hombre perfecto y de la plenitud de Jesucristo; que no sean ya vacilantes como niños, dejando de girar a todo viento de doctrina, por el engaño y el artificio.… Que en todo crezcan en Jesucristo, que es su cabeza, de quien todo el cuerpo de la Iglesia recibe su estructura y trabazón, para que estén siempre unidos con ella y en ella de tal manera, que por la secreta virtud que Jesucristo comunica a todos sus miembros participen de las promesas de Dios en Jesucristo (Med. 205.3).

3. La relación maestro-alumno

Basado en una obligación moral

La relación entre el alumno y el maestro que preconiza La Salle se basa en un fuerte sentido de obligación moral por el bien de las almas. No

hay concesiones ni evasivas en esta cuestión. "Es Dios quien os hace responsables de… la obligación de atender a todas sus necesidades espirituales. Ese debe ser también vuestro constante afán" (Med. 37.1).

La Salle no escatima palabras al señalar a los educadores lasalianos cómo su crecimiento espiritual personal y la práctica diligente de su ministerio tienen consecuencias fundamentales.

> Es vuestro deber enseñarles la religión; y si no la conocen, por ignorarla vosotros mismos, o porque descuidáis instruirlos, sois falsos profetas, que, estando encargados de darles a conocer a Dios, los dejáis, por vuestra negligencia, en una ignorancia tal que podría llevarlos a la condenación (Med. 60.3).

Los educadores lasalianos se han entregado a Dios en el lugar de aquellos a quienes instruyen por esta responsabilidad que han asumido: "habéis ofrecido, en cierto modo, alma por alma" (Med. 137.3). Difícilmente puede haber una obligación más íntima religiosamente que la asumida bajo esta convicción.

El punto de partida de la relación maestro-alumno es, pues, la convicción de que la salvación de los alumnos es tan importante o más que la propia. "En el día del juicio responderéis de ellas (sus almas) tanto como de la vuestra propia (alma). Y debéis convenceros de que Dios comenzará por pediros cuenta de sus almas antes de pediros cuenta de la vuestra" (Med. 205.2).

Con la perspectiva adecuadamente distanciada

La relación maestro-alumno requiere una gravedad y una seriedad que reflejen la naturaleza de lo que está en juego, y esto debe comunicarse a los alumnos con el ejemplo. Los educadores lasalianos dan ejemplo a sus alumnos de autocontrol y prudencia: "Lo que observan en vosotros les produce impresión tal que es capaz por sí sola de hacerlos sensatos" (Med. 128.1). Con su honesta conducta, tales maestros ofrecen toda la necesaria predicación.

La perspectiva adecuadamente distanciada que exige la naturaleza de la vocación del educador lasaliano es particularmente aplicable en el área que La Salle comprendió que puede ser un elemento clave en toda la acción educativa: la corrección de los alumnos. La corrección se considera imposiblemente ineficaz a menos que los maestros posean la autoridad, la prudencia, la caridad y la disposición debidamente desprendida de personas cuyo objetivo no es el castigo sino la corrección.

No existe educación sin corrección. Gran parte de la educación, especialmente en los primeros años, consiste en gran medida en el ejemplo y la corrección, ya sea en lo que respecta a las habilidades o al comportamiento. "Es propio de los niños caer con frecuencia en ellas por obrar muchas veces sin reflexión; y como las reprensiones y correcciones que se les hacen les dan ocasión de reflexionar sobre lo que han de hacer, son motivo para que vigilen sobre sí mismos para no incidir en las mismas faltas" (Med. 203.1). Para que los educadores lasalianos corrijan eficazmente a sus alumnos, deben tener con ellos el tipo de relación que permita que sus correcciones sean eficaces.

La Salle emplea la historia de Natán y David [2 Sam 12, 1-15] para ilustrar el carácter de una forma prudente y sabia de corrección. Ese ejemplo también "debe haceros comprender cuán provechosas serán para vuestros discípulos las correcciones que vosotros les hagáis con mansedumbre caridad" (Med. 204.3). La única forma eficaz de corrección es la que se realiza con total desprendimiento y caridad.

Con fraternal afecto

Cuando La Salle y los primeros maestros decidieron llamarse "Hermanos", estaban describiendo su relación mutua en comunidad. Pero también utilizaron este término explícitamente para indicar el tipo de relación que se convertiría en la norma con los alumnos. Los educadores lasalianos se veían a sí mismos como hermanos mayores de sus alumnos, con certeza benévolos. Su preocupación por el bienestar de los alumnos y el cuidado con que atendían a sus deberes se parecían más a los de un hermano mayor serio que a los de un maestro.

Tal vez La Salle llegó a apreciar tal relación cuando se encontró a cargo de sus tres hermanos menores tras la muerte de sus padres. Durante seis años, La Salle supervisó personalmente su educación, esforzándose por cumplir sus responsabilidades hacia ellos de un modo que era a la vez serio y cariñoso. Esta experiencia puede haber influido en su preocupación por la relación entre los Hermanos y sus alumnos.

"Como vuestro empleo tiene como finalidad procurar la salvación de las almas, el primer cuidado que debéis tener es conseguirlo en la medida que os sea posible. Tenéis que imitar en esto, en cierto modo, a Dios, pues amó tanto a las almas que creó" (Med. 201.3). Esa imitación de Dios se encarna en la relación diaria del maestro con los alumnos. "Vosotros tenéis todos los días niños pobres a quienes instruir; amadlos tiernamente, como hizo este santo" (Med. 166.2). A través de tal afecto fraterno y profundo apego al bien de sus alumnos, los educadores lasalianos son capaces de llevar la gracia y el amor de Dios a quienes han sido confiados a su cuidado. "¿Procuráis mostrar tanta bondad y afecto a los niños que instruís?... Cuanta más ternura sintáis por los miembros de Jesucristo y de la Iglesia que os están confiados, tanto más producirá Dios en ellos admirables efectos de la gracia" (Med. 134.2). "Haced patente, por los cuidados que les prodiguéis, que los amáis de veras" (Med. 80.3).

Esa ternura es algo que va más allá del sentimentalismo o del apego emocional. Es una ternura que les lleva más allá de la relación maestro-alumno, a un amor a Dios, a "conducirlos a su santo amor y a llenarlos de su Espíritu" (Med. 157.3). Esa ternura complementa el lado más formal y firme de la relación docente, evocando los aspectos más maternales de la vocación docente. "¿Aprovecháis el afecto que os profesan para conducirlos a Dios? Si empleáis con ellos firmeza de padre para retirarlos y alejarlos del desorden, también debéis tener con ellos ternura de madre, para acogerlos y para procurarles todo el bien que de vosotros dependa" (Med. 101.3).

Por inspirar auténtica piedad

La relación entre maestro y alumno debe inspirar un verdadero sentido de piedad en los alumnos. Por "piedad" o "madurez cristiana", La Salle quiere indicar un compromiso ampliamente aplicado y profundamente sentido con la propia vida religiosa. Aunque el cristianismo impregnaba la sociedad francesa del siglo XVII de un modo casi inimaginable hoy día, todavía había mucha gente que no iba a la iglesia, y era común encontrar una gran cantidad de inmoralidad y libertinaje, especialmente en las ciudades. Al abogar por la piedad, la principal preocupación de La Salle es que los alumnos lleguen a su plena madurez como cristianos virtuosos en una sociedad a menudo poco virtuosa. "Inspiradles amor a la virtud. Imprimid en ellos sentimientos de piedad, y procurad que Dios no cese de reinar en ellos" (Med. 67.1).

Además de inspirar a los alumnos a seguir las máximas del Evangelio, los educadores lasalianos son también responsables de inspirarles a evitar todo lo que pueda conducirles al pecado. Práctico como siempre, La Salle se dio cuenta de que inspirar la bondad requería también la percepción honesta de la maldad. Sin la capacidad de reconocer y evitar las "ocasiones de pecado", toda la inspiración hacia la bondad en el mundo no tendría ningún efecto duradero. Sólo cuando uno se mantiene en el camino de la piedad sin desviarse hacia los lados, la meta se hace razonablemente alcanzable.

Para que la relación maestro-alumno sea inspiradora, es necesario que el maestro esté inspirado. Antes de que un educador lasaliano sea capaz de enseñar las máximas evangélicas a los alumnos, "debéis estar muy penetrados de ellas, para imprimirlas profundamente en sus corazones. Sed, pues, dóciles al Espíritu Santo, que en poco tiempo os puede comunicar perfecto conocimiento de ellas" (Med. 44.2).

Toda acción del educador lasaliano está orientada a establecer la presencia del espíritu de Jesús en el alma de los alumnos. Así se expresa y se establece la verdadera piedad. "En una palabra, hablarles de cuanto puede moverlos a la piedad. Así es como deben escuchar los discípulos la voz de su maestro" (Med. 33.3). Tal piedad "es el principal bien

que tenéis que procurarles, y lo mejor que podéis legarles cuando os dejen" (Med. 98.3).

Según el modelo de Jesucristo y sus discípulos

La idea de discipulado que define la relación entre maestro y alumno está informada por el propio ejemplo de Jesucristo. La Salle recomienda el modelo de Jesús en los Evangelios como el ejemplo perfecto del tipo de maestro apropiado en una Escuela Cristiana. Observando las formas que Jesús utilizó para llevar a sus discípulos a comprender y practicar las verdades del Evangelio, los maestros descubrirán cómo podrían conducir de forma similar a sus propios discípulos hacia el mismo objetivo. "Al leer el Evangelio debéis fijaros en la forma y en los medios de que Él se sirvió para llevar a sus discípulos a la práctica de las verdades del Evangelio" (Med. 196.2).

Los educadores lasalianos encontrarán en el ejemplo de Jesús todo lo que necesitan para ganar la conversión de sus alumnos. *La Regla de* los Hermanos incluía el llevar siempre consigo un ejemplar del Nuevo Testamento y leerlo todos los días. Además de ser el principal medio por el que debía cultivarse el espíritu esencial de la fe, la lectura de los Evangelios desde la perspectiva de un maestro mostrará la manera de enseñar que Jesús manifestaba en sus relaciones con las personas. A los ojos de Juan Bautista de La Salle y de sus Hermanos, esa pedagogía es, en definitiva, el modelo ideal para la educación cristiana.

LA PRÁCTICA EDUCATIVA DE LA SALLE

4.1) Visión de la actividad docente

Participación en la obra de la salvación

La actividad docente en la Escuela Cristiana de la época de La Salle era una actividad que "tiene como finalidad procurar la salvación de las almas" (Med. 201.3). Es un empeño que imita al de Dios, puesto que Dios, por celo y amor, envió a Jesucristo precisamente con este fin. La actividad salvífica de Dios impregna la aventura docente. Es el medio inmediato por el que la salvación llega a los niños. La "salvación" se encuentra tanto en los esfuerzos por ayudar a los alumnos a acceder al empleo como en la creciente madurez de sus vidas de fe.

Como Jesús proclamó el reinado de Dios a sus discípulos por medio de su enseñanza y ejemplo, así también el educador lasaliano está llamado a "contribuir al establecimiento y consolidación del reino de Dios en el corazón de vuestros alumnos" (Med. 67.1). Por medio del ejemplo, la instrucción religiosa, el afecto auténtico y la educación eficaz, los alumnos se disponen a responder a la acción de Dios en sus vidas y son conducidos a recibir el reinado de Dios en sus corazones.

La vocación del maestro es procurar a los niños una "en este mundo la vida de la gracia, y en el otro, la vida eterna" (Med. 201.3). Tal encargo es "realizar la obra de Dios" (Med. 59.3), siguiendo el modelo y ejemplo del propio ministerio de Jesús. "Tened, pues, en vuestro empleo intenciones totalmente puras, como las del mismo Jesucristo" (Med. 196.3). El maestro en clase, en efecto, es modelo de Jesucristo para los alumnos. La Salle insta a los maestros de este modo: "Aplicaos, a ejemplo de Jesucristo, vuestro divino maestro, a no querer sino lo que Dios quiere, cuando lo quiere y como lo quiere" (Med. 24.1).

Al compartir la obra de la salvación a través de la propia enseñanza, uno debe también esperar compartir los sufrimientos que tal obra inevitablemente acarrea en este mundo. "No esperéis otra recompensa que sufrir y morir entre padecimientos, como Jesucristo" (Med. 175.3). La Salle no tenía nociones románticas sobre la enseñanza a los

pobres de Francia, especialmente a los jóvenes pobres de la ciudad cuya experiencia debe haber incluido todo tipo de hábitos crueles que adquirieron como medio de supervivencia. "Todo el agradecimiento que ha de esperarse por haber instruido a los niños, y sobre todo a los pobres, son las injurias, los ultrajes, las calumnias, las persecuciones y aun la muerte" (Med. 155.3). Pero hay que soportar pacientemente estos sufrimientos sin quejarse, tal como hicieron los santos y los Apóstoles, ya que "cuanto más fieles seáis a Dios en las ocasiones que se os presenten de sufrir, tanto más derramará Dios sus gracias y bendiciones sobre vosotros en el ejercicio de vuestro ministerio" (Med.155.3).

Sin embargo, Dios no deja a los maestros sin consuelo en su tarea educativa. Aquellos que han sido asiduos en el ejercicio de su docencia pueden esperar "abundancia de gracias, ...un ministerio más amplio, y mayor facilidad para conseguir la conversión de las almas" (Med. 207.1). Tales recompensas son distintas de las que cabría esperar, pero están en consonancia con la naturaleza de la enseñanza como obra salvífica. Es la misma recompensa que Jesús y los Apóstoles encontraron en su ministerio de salvación.

Impregnados por la fe

La actividad docente está impregnada del espíritu de fe en toda su extensión. Como obra salvífica, se basa en la fe, se realiza por la fe y se lleva a cabo por la fe. Dios ha dado a los maestros su vocación y "ha querido, y todavía quiere, que dentro del mismo toméis el camino y los medios para santificaros" (Med. 3.3). La vida de fe del educador lasaliano se realiza esencialmente en la actividad docente. Es la gracia de Dios, el don amoroso de sí mismo, lo que permite la actividad de la auténtica enseñanza.

Es mucho lo que se puede hacer simplemente por medio del esfuerzo humano y la preocupación. Pero hay mucho más que puede lograrse trabajando en cooperación con la gracia de Dios. "Contentaos con lo que podéis hacer, ya que Dios se contenta con eso; pero no andéis remiso en lo que podéis con su gracia; y creed que, con tal que queráis,

podéis, con la gracia de Dios, más de lo que pensáis".[12] Mediante el compromiso de la presencia salvífica de Dios, el Espíritu Santo "que no viene al alma sino para comunicarle la vida de la gracia o para hacer que obre por medio de la gracia" (Med. 45.1), se convierte en parte integrante de la tarea docente.

La Salle fue siempre consciente de las dificultades que se encontraban en la clase y de los retos a los que a diario se enfrentaban sus educadores lasalianos. La invocación de la gracia de Dios a través de la oración interior no era una mera panacea para soportar esas dificultades, sino un medio esencial y eficaz para transformar tales dificultades en oportunidades para mediar en la salvación de Dios. "Tened la certeza de que cuanto más os apliquéis a la oración, mejor desempeñaréis vuestro empleo; pues, no pudiendo por vosotros mismos producir ningún bien para la salvación de las almas, tenéis que dirigiros a Dios con frecuencia, para obtener de Él lo que vuestra profesión os exige comunicar a los demás" (Med. 95.1).

La actividad docente en la Escuela Cristiana "no puede lograr éxito alguno sino en la medida en que se cuente con su ayuda y se esté dirigido por el Espíritu Santo" (Med.107.1). Los educadores lasalianos deben pedir a Dios encarecidamente que todas las instrucciones "estén animadas por su Espíritu, y que reciban de Él [Dios] todas sus fuerzas" (Med. 195.3). Sólo así la enseñanza resonará con la propia vida de Dios para que "aquellos que son suyos [de Dios] tengan la vida y la tengan en mayor abundancia" (Med. 45.1).

Unir celo y acción

"Cuando se ejerce un empleo apostólico, si no se consigue unir el celo a la acción, todo cuanto se realice por el prójimo produce poco fruto" (Med. 114.2). La actividad docente requiere un gran celo, tanto frente a los obstáculos como en las exigencias diarias del aula. "Procurad, por medio de vuestro celo, dar muestras sensibles de

---

12 Juan Bautista de La Salle, *Colección de Varios Trataditos*, "Consideraciones que deben hacer los Hermanos de vez en cuando, y sobre todo durante el Retiro". *Tocante al empleo del tiempo,* CT 16, 2, 10.

que amáis a los que Dios os ha confiado, como Jesucristo amó a su Iglesia" (Med. 201.2).

El celo activo no se manifiesta en una actividad frenética ni en una corrección constante. Se encuentra en una conciencia e implicación continuas en la actividad de enseñar; la atención de uno no se desvía ni se distrae con preocupaciones personales –seguramente una tarea desafiante.

Una de las formas más directas en que se manifiesta el celo en la acción es a través de la vigilancia que el educador lasaliano ejerce sobre los alumnos. No basta con instruir, hay que vigilar también la conducta de los alumnos. La vigilancia comprende tanto una disposición siempre dispuesta a intervenir y corregir una situación ofensiva, como la capacidad de llevar a los alumnos a practicar el bien que son capaces de practicar.

La Salle señaló "enemigos exteriores e interiores" (Med. 114.2) que pretenden impedir el progreso en la piedad. La vigilancia incluye un esfuerzo celoso para impedir la victoria de tales "enemigos". Dos ejemplos de ellos son las malas compañías y los malos hábitos. "Una de las principales cosas que más contribuyen a que se pierda la juventud es la frecuentación de malas compañías. Pocos se descarrían por la malicia de su corazón; antes bien, la mayor parte se corrompen por el mal ejemplo y por las ocasiones en que se encuentran" (Med. 56.2) . "Procurad que frecuenten sólo las buenas; a fin de que no recibiendo, por ese medio, más que influjos saludables, practiquen el bien con mucha facilidad" (Med. 56.2). La Salle capta aquí la influencia que puede tener la presión de los compañeros y convierte su dinámica en una fuerza de apoyo a la acción de enseñar.

Del mismo modo, los malos hábitos que los alumnos adquieren durante su juventud suelen ser bastante difíciles de cambiar. ¿Es "con vuestra mansedumbre y prudencia, como inducís a quienes os están confiados a que abandonen el vicio y el desorden?" (Med. 114.1). Sólo se puede inspirar la adquisición de buenos hábitos. Sería inútil denunciar airadamente las malas costumbres, ya que ello muestra el mismo defecto que se intenta corregir. En cambio, "cuando

se pretenda inducir al mal a vuestros discípulos, confirmadlos en la práctica del bien" (Med. 168.3). No basta con impedir a los alumnos que se comporten mal en presencia del maestro, también hay que mostrarles "los medios de evitar todas las ocasiones de cometerlas, cuando no los tenéis a la vista" (Med. 111.3).

Caracterizados por la atención individual

Aunque a La Salle se le atribuye el uso eficaz del método simultáneo en el nivel primario, esto no significa que no se preocupara por las capacidades individuales de los alumnos. La actividad pedagógica que recomienda a sus seguidores tiene constantemente en cuenta las diversas capacidades de los alumnos. Si no se les enseña correctamente, la culpa no es de ellos, sino de los maestros. Cada alumno es visto como una persona individual con capacidades propias de su edad y exigencias particulares de su personalidad. Una enseñanza que no reconociera esto no tendría éxito, aunque siguiera el método simultáneo o cualquier otro método. La Salle escribe:

> Este ha de ser también uno de los principales cuidados de quienes están empleados en la instrucción de otros: saber conocerlos y discernir el modo de proceder con ellos. Pues con unos se precisa más suavidad, y con otros más firmeza; algunos requieren que se tenga mucha paciencia, y otros que se les aliente y anime; a algunos es necesario reprenderlos y castigarlos para corregirlos de sus defectos; y hay otros sobre los cuales hay que vigilar continuamente, para evitar que se pierdan o extravíen. Este proceder depende del conocimiento y del discernimiento de los espíritus. Es lo que debéis pedir a Dios a menudo e insistentemente, como una de las cualidades que más necesitáis para guiar a aquellos de quienes estáis encargados (Med. 33.1).

Los maestros deben ayudar a sus alumnos a practicar "el bien de manera adecuada a su edad" (Med. 198.2). Se espera que los alumnos aprendan "según su edad y capacidad" (Med. 206.1) y no según una norma predeterminada impuesta a todos.

Los educadores lasalianos no debían tener "predilección por algunos, ya porque eran más ricos o agraciados, ya porque poseían mayor atractivo natural que los demás" (Med. 206.2). De hecho, los pobres, los más inclinados al mal y los que poseían cualidades desfavorables debían ser atendidos con mayor cuidado, pues eran los más necesitados. Pero también había que evitar la excesiva familiaridad con los alumnos. La actividad de enseñar debe incluir un elemento de desinterés que no muestre parcialidad hacia nadie, sino que admire en los alumnos las cualidades de piedad y virtud que se espera de ellos y que se les están enseñando.

Comprometidos en mover los corazones

La imagen favorita de La Salle para la actividad de enseñar es la de ganar y mover los corazones. "Vosotros ejercéis un empleo que os pone en la obligación de mover los corazones" (Med. 43.3). Tal imagen capta el carácter esencialmente interior de la enseñanza. Los hechos y las cifras no tienen el poder formativo ni constituyen el componente principal de la acción docente. La verdadera enseñanza implica dinámicas del corazón, como la salvación misma. La salvación de las almas es cuestión de mover los corazones, de llevar a los niños a vivir cristianamente ganándose sus corazones. Si no se hace así, no sólo no se les atrae a Dios, sino que se les aleja. Por eso, los educadores lasalianos deben esforzarse por "mover los corazones" (Med. 129.2) y pedir la gracia de hacerlo.

Los niños "ellos mismos la carta que Él os dicta y que escribís cada día en sus corazones, no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo" (Med. 195.2). Los niños tienen una apertura, una capacidad de aprendizaje y de inspiración. Son como una carta esperando ser escrita, listos para el tipo de comunicación personal de Dios que el educador lasaliano ofrece. Estos maestros pueden ser el primer encuentro que los niños tienen de la preocupación amorosa de Dios por ellos. Además de aprender a escribir, los alumnos llegan a conocer el fundamento del que la escritura recibe su poder. Al mover sus corazones, escribiendo el Evangelio de Cristo con el Espíritu del Dios vivo, los educadores lasalianos despiertan y suscitan en los corazones de los alumnos su capacidad de participar en su herencia como hijos de Dios.

Tal empleo requiere fe. "¿Poseéis vosotros tal fe que sea capaz de mover el corazón de vuestros alumnos e inspirarles el espíritu cristiano? Ése es el mayor milagro que podéis realizar y el que Dios os exige, puesto que es el fin de vuestro empleo" (Med.139.3).

Uno de los medios para mover los corazones es el ejemplo de virtud. El mismo Juan Bautista de La Salle movió los corazones de los maestros, alumnos, compañeros clérigos y muchos con quienes se relacionó. Su vida de virtud impresionó a muchos, y obtuvo la reputación de ser capaz de convertir al más empedernido de los pecadores. La Salle capta el principio en pocas palabras cuando escribe: "La virtud no puede ocultarse, y cuando resplandece, atrae hacia sí. Y el ejemplo en que se manifiesta produce tan profunda impresión en quienes la ven practicar u oyen hablar de ella, que la mayoría se siente inclinada a imitarla" (Med. 158.3). Lo que llega al corazón de los discípulos es la medida completa de su conducta y comportamiento. La actividad de enseñar encuentra su vida en este mover los corazones.

4.2) La actividad docente: prácticas

Los grandes grupos de alumnos que ocupaban las Escuelas Cristianas desde su creación hacían necesario un método de instrucción radicalmente distinto del método tutorial individualizado comúnmente utilizado. Hacer frente a clases de hasta cien niños sería un auténtico caos sin un sistema de organización que atendiera a sus necesidades educativas comunes aun teniendo en cuenta cada una de sus situaciones académicas individuales. No se disponía de un gran número de maestros formados para las clases más pequeñas. El detallado plan pedagógico de La Salle hacía el máximo uso de un maestro formado entre el mayor número de alumnos para los requisitos educativos específicos de la educación elemental generalmente disponible.

Los principales componentes de la enseñanza que ilustran las convicciones educativas más universales de La Salle incluyen su uso del método simultáneo, su perspectiva práctica ejemplificada en el uso de la lengua vernácula y su inclusión de varios elementos de atención individualizada.

El método simultáneo

El principio general de la instrucción simultánea se describe en la *Guía de la* siguiente manera: "Todos los alumnos de un mismo grado seguirán juntos las lecciones, sin distinción ni discriminación, según lo exija de ellos el maestro.... Todos los alumnos de cada grado tendrán el mismo libro y seguirán juntos la misma lección". Cada aula constaba de varios niveles y grados juntos, y cada grupo de alumnos seguía su propio programa de actividades. El maestro se dirigía a cada grupo por turnos, mientras los demás grupos trabajaban tranquilamente en su propio material.

En lectura, por ejemplo, un alumno lee mientras todos se leen el mismo material, y el maestro llama a los alumnos fuera de turno para asegurarse de que siguen la misma sección. En aritmética, cada alumno hace ejemplos de determinadas lecciones para la clase, siendo interrogado por el maestro para asegurarse de que cada concepto y término se entienden perfectamente. Todo lo que se explica al alumno debe ser repetido por éste antes de seguir adelante. Si el que hace el ejemplo falla en algún aspecto, se llama a otro alumno que esté haciendo misma lección para que haga la corrección o, en su defecto, se llama a un alumno que esté haciendo una lección más avanzada.

Después de cada corrección, el alumno inicial repite la respuesta correcta. Cada alumno debe hacer un ejemplo en la pizarra de la lección que se está tratando, y el maestro debe prestar mucha atención tanto a lo que hace como a lo que dice el alumno.

En la enseñanza de la religión, el maestro se dirigía a toda la clase formulando una serie de preguntas y sub-preguntas. Se procuraba que los demás alumnos no sugirieran las respuestas, ni parcial ni totalmente. Los alumnos ayudaban mejor a los demás dando respuestas correctas cuando se les pedía.

Parte integrante del método de La Salle era la norma de implicar personalmente a cada alumno cada día. Cada alumno experimentaba un contacto directo con los maestros. A algunos alumnos se les llamaba varias veces, especialmente a aquellos cuya atención tendía

a desviarse o a los que necesitaban un mayor refuerzo. La *Guía* no prevé respuestas voluntarias: no se levanta la mano, por ejemplo. La instrucción simultánea procedía claramente del maestro. Todos los alumnos de participaban directamente en el proceso educativo, pero lo hacían bajo la completa dirección del maestro, que determinaba al final de cada mes qué alumnos debían promocionar.

Enfoques prácticos y uso de la lengua vernácula

Juan Bautista de La Salle era una persona muy práctica. Aunque su visión religiosa inspiró la obra de las escuelas, las preocupaciones prácticas llevaron esa visión a la realidad. Algunos ejemplos del sentido práctico de La Salle son que las escuelas se diseñaban con buena ventilación y fuentes de luz, y las ventanas se situaban a suficiente altura para que nadie del exterior pudiera mirar hacia dentro (y *viceversa*). El texto de La Salle sobre la cortesía cristiana se publicó en una elaborada forma de escritura, de modo que cuando los alumnos estuvieran preparados para leerlo, no sólo aprenderían las convenciones sociales de conducta, sino que se verían desafiados por un estilo de escritura formal que encontrarían como adultos. Los alumnos avanzados en ortografía y redacción aprenderían a deletrear y copiar formas escritas comunes utilizadas en la sociedad, como facturas, contratos, cartas comerciales y otros documentos prácticos. La aritmética se centraba en el sistema monetario francés. De camino a la misa de la parroquia local, los maestros caminaban por el lado opuesto de la calle de las filas de alumnos que desfilaban, observando su comportamiento y sin corregirlos hasta antes de salir para la misa del día siguiente. Un maestro joven era supervisado por otro de más edad que estaba en la misma aula o dando clase al lado con la puerta abierta entre las dos aulas. Para cada actividad escolar, La Salle y los maestros consideraban el medio más práctico de lograr su objetivo y luego lo ponían en práctica.

El uso del francés en la enseñanza fue un caso especialmente trascendental. Aprender a leer francés aprendiendo a leer latín fue durante mucho tiempo la práctica francesa, que se remonta a la Edad Media, cuando los futuros clérigos eran prácticamente los únicos que se educaban en las escuelas de monasterios y catedrales. Más tarde se

supuso que, como el latín se escribía fonéticamente, en un principio era más fácil de leer. A los niños no se les enseñaba a entender las frases en latín, sino sólo a leerlas correctamente en voz alta. A partir ahí, aprendían a leer en francés.

Pero La Salle razonó que, dado el poco tiempo que tenían los alumnos pobres para aprender algo, y la gran ventaja que tenía el francés sobre el latín en la vida cotidiana, las escuelas debían enseñar directamente la lectura del francés. Como el francés era la lengua materna de los alumnos, ya podían y entenderlo. Aprender latín en esta etapa no causaría más que dificultades educativas, sociales y personales que se evitan con la misma facilidad aprendiendo francés.

Las escuelas de La Salle enseñaban a leer a través de nueve etapas, empezando por el alfabeto y las sílabas francesas, pasando luego por textos franceses graduados y terminando con el libro de La Salle sobre urbanidad cristiana. Antes de este último texto en francés, los alumnos también aprendían a pronunciar los textos latinos del salterio, sobre todo para participar en la iglesia. Sin embargo, la enseñanza de la lengua vernácula ocupaba el primer lugar en orden e importancia. Fue esta práctica, junto con el uso eficaz del método simultáneo, lo que diferenció notablemente a las Escuelas Cristianas de otras empresas educativas.

Elementos de la atención individualizada

El método simultáneo de enseñanza puede parecer mecanizado, impersonal y constrictivo a los ojos de algunos teóricos de la educación, pero dentro del entorno apropiado y con maestros formados se convirtió en un método que tuvo mucho más éxito, y finalmente más orientado a las personas, que el método de tutoría individualizada predominante. Algunas prácticas ponen de manifiesto esta preocupación por la persona.

Cada maestro elaboraba un expediente para cada alumno de la clase. Este registro comenzaba con una entrevista al admitir al alumno, en la que se anotaba su familia, antecedentes, vida familiar, rasgos particulares y otros datos significativos. A lo largo del año el maestro

anotaba la información pertinente sobre el alumno, pasándosela al siguiente maestro al final del curso. Cuando el alumno se marchaba, la información se archivaba para futuras consultas. Un ejemplo de este tipo de archivo es el siguiente:

> François de Terieux, de ocho años y medio, viene a la escuela desde hace dos años; está en el 3.er orden de escritura desde el pasado 1 de julio; es de espíritu inquieto, muestra poca piedad y ninguna modestia en la iglesia y en las oraciones, a menos que se esté sobre él, y es por ligereza; su defecto particular es la inmodestia. Tiene bastante buena voluntad; hay que ganarlo y animarlo a que se comporte bien; la corrección le sirve de poco porque es ligero; ha faltado a clase pocas veces, algunas sin permiso, por haberse encontrado con compañeros traviesos y por su ligereza; con frecuencia ha faltado a la puntualidad; se aplica sólo a medias, y a menudo se distrae y no hace nada a menos que se lo vigile.
>
> Aprende con facilidad; en dos ocasiones no se le ha cambiado de lección del 2.o al 3.er orden, por falta de aplicación; sabe bien las oraciones; es sumiso cuando se lo reprende si se tiene autoridad, pero es reticente si no se tiene; sin embargo, no es de temperamento difícil; hay que ganarlo, y entonces hará todo lo que se le pide; sus padres lo quieren mucho y no les gusta que se lo castigue.[13]

En particular, estos registros trataban la enseñanza como otras profesiones que requerían una cuidadosa observación de las características individuales y sensibilidades particulares. Al igual que en el caso de los médicos, abogados, banqueros y otros muchos profesionales, un registro minucioso garantizaba que los servicios se dirigían a personas concretas en situaciones específicas.

---

13 Juan Bautista de La Salle, *Obras Completas*. *Guía de las Escuelas*. ARLEP-RELAL, GE 13, 4, 5-6. (Publicaciones. www.lasalle.org)

Los alumnos también participaban en la gestión de la escuela y del aula. Si había un trabajo que hacer en la escuela, un alumno lo realizaba. Dichas tareas, con sus cualificaciones y cargos, se describían minuciosamente y se rotaban entre los alumnos como recompensa o como incentivo para desarrollar la responsabilidad. Los encargados de las oraciones lo hacían durante todo el día. Los portadores del agua bendita la ponían a disposición de los alumnos al entrar o salir de la iglesia. El rosariero y sus ayudantes repartían rosarios en clase y en la iglesia, los distribuían y los contaban cuando se los devolvían. El campanero debía ser vigilante, exacto y puntual, tocando la campana cada media hora y al principio y al final de la jornada escolar.

Los alumnos entregaban y devolvían los papeles siguiendo una rutina establecida. El portero se encargaba de que sólo entraran los maestros, los alumnos y el párroco. El encargado de la llave abría la escuela para los alumnos treinta minutos antes de la llegada de los maestros, asegurándose de que todo en la escuela estaba como se había dejado previamente. Un inspector de clase observaba todo lo que ocurría mientras los maestros se ausentaban de sus aulas (principalmente antes de las clases), informando de todo al maestro y sin interferir en modo alguno en lo que ocurría. Dos monitores "secretos" del inspector se encargaban de que este oficio se llevara a cabo sin concesiones. También había supervisores para las calles principales donde vivían los alumnos, que se aseguraban de que los alumnos no se comportaban de forma inadecuada al ir o venir de la escuela y, en general, mantenían a los maestros informados del comportamiento de los alumnos. Tales tareas ayudaban a los alumnos a desarrollar un buen sentido de la responsabilidad y, en general, facilitaban el trato justo de todos los niños de acuerdo con su edad y características personales.

Los maestros también eran conscientes de las limitaciones y sensibilidades individuales en el aula. Se llamaba con más frecuencia a los alumnos que tenían dificultades para recordar y a los menos inteligentes. No se permitía a los alumnos reírse de la respuesta de otro o incitar a alguien que no podía responder. Cuando un alumno no podía dar una respuesta completa, la pregunta debía dividirse en partes para que la respuesta pudiera darse en secciones más pequeñas.

En la forma de plantear preguntas a los alumnos, uno de los principales instrumentos educativos, también se tenían en cuenta las capacidades individuales.

> Tendrán cuidado de hacer que las subpreguntas que les pongan y las respuestas a sus subpreguntas se ajusten a las cuatro condiciones siguientes: primera, que sean cortas; segunda, que tengan perfecto sentido; tercera, que sean verdaderas; cuarta, que las respuestas sean proporcionadas al alcance de los alumnos, no de los más capaces ni de los más inteligentes, sino de los medianos, de forma que la mayoría pueda responder fácilmente a las preguntas que se les hagan (GE 9,3,9).

5.1) Visión de la Escuela

Todos los esfuerzos de La Salle se dirigieron al buen funcionamiento de las Escuelas Cristianas. La Salle incluyó poco en sus meditaciones sobre las escuelas *per se*, ya que los aspectos particulares de la gestión de las escuelas estaban plenamente esbozados en la *Guía*. Sin embargo, ofrece algunas ideas significativas sobre la escuela, tanto en sus meditaciones como en la *Guía*.

¿Por qué tener escuelas cristianas?

En sus *Meditaciones para el Tiempo de Retiro,* La Salle trazó la "visión general" de las Escuelas Cristianas para sus maestros. Ya había afirmado en otro lugar que la labor de los educadores lasalianos, en la medida en que participaban en la obra de Cristo y de los Apóstoles "es el mismo que el del Instituto fundado por san Ignacio, que es la salvación de las almas" (Med. 148.3). La manera de llevar esto a cabo –la educación gratuita de los pobres en las Escuelas Cristianas– llevaba su propia marca.

> Dios es tan bueno que, una vez creados por Él los hombres, quiere que lleguen al conocimiento de la verdad. Esta verdad es Dios mismo y cuanto Él ha tenido a bien revelarnos, ya sea por

Jesucristo, por los santos apóstoles o por su Iglesia. De ello quiere Dios que sean instruidos todos los hombres, para que sus mentes sean iluminadas con las luces de la fe.

Y como no se puede estar instruido en los misterios de nuestra santa religión si no se ha tenido la suerte de oírlos, y sólo se ha podido gozar de este beneficio por la predicación de la palabra de Dios (Med. 193.1).

Considerad que es proceder harto común entre los artesanos y los pobres dejar a sus hijos que vivan a su antojo, como vagabundos, errantes de un lado para otro, mientras no pueden dedicarlos a alguna profesión; y no tienen ninguna preocupación por enviarlos a la escuela, ya a causa de su pobreza, que no les permite pagar a los maestros, ya porque, viéndose en la precisión de buscar trabajo fuera de sus casas, se encuentran como en la necesidad de abandonarlos.
Sin embargo, las consecuencias de esto son desastrosas, pues esos pobres niños, acostumbrados durante años a llevar vida de holganza, tienen luego mucha dificultad para habituarse al trabajo. Además, como frecuentan las malas compañías, aprenden a cometer muchos pecados, que les resulta muy difícil abandonar en lo sucesivo, a causa de los malos y prolongados hábitos contraídos durante tan largo tiempo (Med. 194.1).

Dios ha tenido la bondad de poner remedio a tan grave inconveniente con el establecimiento de las Escuelas Cristianas, en las que se enseña gratuitamente y sólo por la gloria de Dios. En ellas se recoge a los niños durante el día, y aprenden a leer, a escribir y la religión; y al estar, de ese modo, siempre ocupados, se encontrarán en disposición de dedicarse al trabajo cuando sus padres decidan emplearlos. (Med. 194.1.2).

Las Escuelas Cristianas fueron fundadas como respuesta a la llamada de Dios y ante la gran necesidad de tales instituciones en la sociedad. Surgen del cuidado providente de Dios por la humanidad. Dichas escuelas responden a las necesidades de los alumnos al mismo tiempo que responden a las necesidades de sus padres, ofreciendo formación práctica y educación religiosa. Por medio de las Escuelas Cristianas,

el plan de salvación de Dios puede realizarse en esta sociedad concreta para estos miembros concretos de esa sociedad.

Aspectos comunitarios de las escuelas

Marcó una gran diferencia el hecho de que las Escuelas Cristianas del siglo XVII estuvieran dirigidas por una comunidad religiosa de laicos dedicados a la educación gratuita para gloria de Dios y salvación de las almas. Era una obra común llevada a cabo por un solo grupo bajo una visión unida. Para ser eficaces en esa labor, a fin de ejemplificar e inspirar el ambiente general de las escuelas, se instaba a los maestros a trabajar en "unión de espíritu y de corazón" (Med. 39.3).

Aunque La Salle nunca se refirió a la escuela como una "comunidad", la postura que los Hermanos como comunidad mantenían *respecto a* la escuela marcaba una diferencia real, una diferencia que tendría su paralelo en el actual sentido de comunidad docente. Algo de lo que La Salle tenía que decir sobre cómo los Hermanos debían tratarse unos a otros se aplica igualmente al profesorado de una escuela. Por ejemplo, las personas deben llevar las cargas de los demás, sean esas cargas rasgos de personalidad o comportamientos idiosincrásicos. Tal caridad es muy ventajosa en una comunidad, ya que "una comunidad sin caridad y sin unión es un infierno" (Med. 65.1). La regla que La Salle sugirió para la vida comunitaria encaja tan apropiadamente en la comunidad de la escuela: "No les habléis nunca sino con mansedumbre, y callaos cuando temáis hablarles de otro modo" (Med. 65.2).

La educación lasaliana en tiempos de La Salle era también totalmente gratuita. Los Hermanos tenían absolutamente prohibido recibir regalos, favores o recuerdos de los alumnos o de sus padres, especialmente tabaco. Esto no sólo garantizaba una relación de igualdad con todos los alumnos, sino que mantenía la convicción de La Salle de que la enseñanza gratuita era el único medio de lograr eficaz y convincentemente los fines de la educación cristiana.

Características de la escuela

Cabe destacar tres características de la escuela reflejadas en las meditaciones. En primer lugar, las escuelas eran lugares donde los jóvenes no tenían que relacionarse con malos compañeros. Es allí donde pueden "juntarse con los compañeros más sensatos, piadosos y recatados" (Med. 126.1). Se esperaría que estas relaciones beneficiosas se mantuvieran fuera de la escuela y contribuyeran al desarrollo de la virtud cristiana.

En segundo lugar, las escuelas eran lugares donde la enseñanza se llevaba a cabo de manera concienzuda, eficaz y afectuosa. La Meditación 91.3 procede a través de una larga lista de preguntas que indagan si los maestros seguían o no las lecciones con atención, corregían a sus alumnos oportunamente, enseñaban el catecismo y la religión todos los días, no perdían el tiempo ni actuaban de forma descuidada, no charlaban con los niños inútilmente y no aceptaban nada de ellos. Se tiene clara impresión de que no se había escatimado esfuerzos en el establecimiento de las Escuelas Cristianas bien gestionadas.

En tercer lugar, las escuelas eran lugares donde la corrección apropiada se convertía en una dimensión normal y caritativa de la actividad educativa. En las familias o en la sociedad, el comportamiento podía corregirse por diversos medios, a menudo crueles o, más a menudo, totalmente desatendidos. (Por ejemplo, marcar el brazo de un joven que robaba con la letra "V" de "*voleur*/ladrón" era una práctica común). Pero en las escuelas, los maestros estaban siempre atentos a sus alumnos, dispuestos a corregirlos tanto con medidas adecuadas como con el ejemplo personal. El bienestar del alumno es lo más importante. Ninguna corrección era administrada a menos que su beneficio fuera claramente evidente tanto para el maestro como para el alumno. "Los hombres, e incluso los niños, al estar dotados de razón, no deben ser corregidos como las bestias, sino como personas razonables. Hay que reprenderlos y corregirlos con justicia, haciendo que se den cuenta del error en que están y el castigo que merece la falta cometida, e intentar que lo acepten" (Med. 204.1).

La Salle citaba también los parámetros religiosos que englobaban esta dimensión escolar tan necesaria. "Y cuidad, sobre todo, que sea la caridad y el celo de la salvación del alma de vuestros alumnos los que os muevan a hacerlas (las correcciones)" (Med. 204.3). De lo contrario, se les podría alejar de Dios. El ejercicio adecuado y apropiado de la corrección era una de las maneras más eficaces de guiar el crecimiento espiritual de los jóvenes. La Salle vio ello una de las características más centrales de las Escuelas Cristianas.

5.2) La Escuela: Prácticas

La función de la disciplina

Las orientaciones de las meditaciones de La Salle en las secciones anteriores articulan las perspectivas y principios a considerar en la administración de la disciplina escolar. Toda la segunda parte de la *Guía* proporciona las estrategias concretas de aplicación, especificando los medios para mantener el buen orden en la escuela, con una larga sección sobre la administración de la disciplina que contiene múltiples criterios detallados. Los propios temas proporcionan una visión clara de las principales preocupaciones de la disciplina escolar lasaliana.

Medios de establecer y mantener el orden en las escuelas

Capítulo I: De la vigilancia que debe ejercer el maestro en la escuela

- Del cuidado que debe tener el maestro en corregir todas las palabras en la lección, y del modo de haberlo bien.
- Del cuidado que debe tener el maestro en hacer seguir a todos los que están en la misma lección.
- Del cuidado que debe tener el maestro para hacer observar el estricto silencio en clase.

Capítulo II: De los signos que se utilizan en las Escuelas Cristianas

- De los signos mientras se come.
- De los signos referentes a las lecciones.
- De los signos referentes a la escritura.
- De los signos durante el catecismo.
- De los signos durante las oraciones.
- De los signos relativos a los castigos.
- Signos que se hacen en algunas ocasiones particulares.

Capítulo III: De los registros

- De los registros de cambios de lección.
- De los registros de los órdenes de lección.

Capítulo IV: De los premios

Capítulo V: De las correcciones en general

- De las diversas clases de correcciones.
  - De la corrección por la palabra.
  - De las palmetas. Por qué motivos se puede y se debe usar y del modo de hacerlo.14

---

14 Cabe señalar que el uso de la "férula" (palmeta) y la "vara" era a la vez extremadamente raro y muy controlado, aunque también respondía a las expectativas de la sociedad de la época.

- De las varas y el azote.
- De la expulsión de los alumnos de la escuela.

- De la frecuencia de los castigos y lo que se debe hacer para evitarlos.
- De las condiciones que han de tener los castigos.
- De los defectos que deben evitarse en los castigos.
- De las personas que deben aplicar los castigos.
- De los niños a quienes se debe o no se debe castigar.
  - De los viciosos.
  - De los niños mal educados y caprichosos; de los que son atrevidos e insolentes por naturaleza, y de los que son atolondrados y ligeros.
  - De los tercos.
  - De los niños educados con blandura y flojedad, a los que se llama mimados, de los que tienen temperamento apacible y tímido, de los cortos de inteligencia, de los deficientes físicos, de los más pequeños y de los recién. Admitidos.
  - De los acusadores y de los acusados.
- De los que se debe practicar en todos los castigos y del modo de aplicarlos adecuadamente.
- Del lugar en que se deben impartir los castigos y del tiempo en el que se deben y no se deben impartir.
- De las penitencias.
  - Del empleo de las penitencias, de las cualidades que deben tener y del modo de imponerlas.
  - Catálogo de penitencias ordinarias que estarán en uso y que se podrán imponer a los alumnos por faltas que hayan cometido.

Capítulo VI: De las ausencias

- De las ausencias reguladas y con permiso.
- De las ausencias no reguladas, de las que pueden permitirse y de las que no se deben permitir.
- De las causas de las ausencias y de los remedios que pueden ponerse.
- De quién debe castigar y excusar las ausencias y el modo de hacerlo.

- De los castigos que se impondrán a los alumnos que hayan faltado a clase sin permiso o que hayan llegado tarde.

Capítulo VII: De los asuetos

- De los asuetos ordinarios.
- De los asuetos extraordinarios.
- De las vacaciones.
- Del modo de indicar y dar a conocer a los maestros y a los alumnos los días de asueto.

Capítulo VIII: De los oficios en la escuela

- Del recitador de oraciones; del ministro de las santa Misa; del limosnero; del portahisopo; del rosariero y de sus ayudantes; del campanero; del inspector y de los vigilantes, de los primeros de banco; de los visitadores de los ausentes; de los distribuidores y recogedores del papel; de los distribuidores y recogedores de libros; de los barrenderos; del portero; del encargado de las llaves.

Capítulo IX: De la estructura, de la uniformidad de las escuelas y de los muebles que se adquieren

Las doce virtudes de un buen maestro

Al considerar la cuestión de la disciplina en la Escuela Cristiana de la Francia del siglo XVII, se debe tener en cuenta que el uso de duros castigos corporales en el nivel elemental era rutinario y frecuente. Michel de Montaigne, ensayista francés, describe un centro educativo como "una verdadera casa de corrección para la juventud encarcelada... [No se oirán más que los gritos de los muchachos ejecutados, con el ruido atronador de sus pedagogos ebrios de furia".[15] Tal situación era comúnmente aceptada en la época. El propio rey Luis XIV había sido educado en el uso de los castigos corporales.

La Salle se dio cuenta de que la piedad y la religión no se promovían con el castigo. La necesidad del castigo debe reducirse tanto como sea posible por una variedad de factores que deben hacer que su uso sea raro. Los maestros debían velar "con toda la atención posible sobre sí mismos, para no castigar a sus alumnos sino muy rara vez, pues han de estar persuadidos de que éste es uno de los principales medios para ordenar bien su escuela, y para establecer en ella perfecta disciplina".[16] El ambiente general de la escuela creada por su metodología organizada, la seriedad de sus maestros, el carácter religioso de todas sus acciones, el silencio deliberado y respetuoso dentro de sus edificios, todo contribuía a una situación en la que el uso del castigo era una clara excepción a la práctica común.

Sin embargo, La Salle se dio cuenta de que, en la práctica, el castigo era una realidad en la educación elemental. Una clase llena de niños, no importa lo silenciosa o bien organizada que esté, necesita ser corregida de vez en cuando. La experiencia le había enseñado que los maestros debían actuar con suavidad y firmeza a la vez, mostrando la firmeza de un padre y sin dejar nunca que la pasión o la ira intervinieran en la corrección. En todos los casos, "nunca hay que imponer un castigo que pueda ser perjudicial a quien se quiere imponer, pues sería actuar directamente contra el fin de los castigos, sólo establecidos para producir el bien" (GE 15,4,5).

---

15 Montaigne, Ensayo, "Sobre el instituto de los niños". Citado en W.J. Battersby, *De La Salle: A Pioneer of Modern Education*. Londres: Longmans, Green and Co., 1949, p. 95.

16 *Regla de 1705*, Hermanos de las Escuelas Cristianas, cap. VIII, sección 1.

No se ha dejado nada al azar en la administración de la disciplina escolar. *La Guía* está repleta de buenos consejos a este respecto. De hecho, algunos de los consejos que da son extremadamente inusuales para la época histórica, revelando una sabiduría educativa que respeta profundamente la integridad tanto de los maestros como de los alumnos. En el capítulo 5.º de *La Guía*, se ofrecen seis cosas que hacen duro e insoportable a los alumnos el proceder del maestro. Se presentan aquí íntegramente para destacar la notable perspicacia que hay detrás de ellas.

- Primero, cuando las penitencias son demasiado rigurosas y el yugo que les impone demasiado pesado, lo cual proviene a menudo de su poca discreción y su poca sensatez; pues sucede a menudo que los alumnos no tienen fuerzas suficientes de cuerpo ni de espíritu para llevar tales cargas, que con frecuencia los abruman.
- Segundo, cuando ordena, manda o exige de los niños algo con palabra demasiado duras o de forma demasiado autoritaria, sobre todo cuando eso proviene de algún impulso desordenado de impaciencia o de cólera.
- Tercero, cuando urge demasiado la ejecución de algo a un niño que no está dispuesto a ello, y no le deja ni el sosiego ni el tiempo para que se rehaga.
- Cuarto, cuando exige con igual ardor las menudencias que las cosas importantes.
- Quinto, cuando rechaza de entrada las razones y las disculpas de los niños, no queriendo escucharlos de ningún modo.
- Sexto, en fin, cuando sin mirarse a sí mismo, no sabe compadecer las debilidades de los niños, y exagera demasiado sus defectos; y cuando al reprenderlos o castigarlos, más parece que actúa sobre un objeto insensible que sobre una criatura capaz de razón (GE 15,0,9-15,0,14).

En la misma sección también se destacan seis formas en las que la debilidad del maestro conduce a la laxitud:

- Primero, cuando sólo se preocupa de cosas importantes si causan desorden, pero se descuidan insensiblemente otros medios también importantes.

- Segundo, cuando no se exige lo suficiente la ejecución y la observancia de las prácticas de la escuela y lo que constituye el deber de los niños.
- Tercero, cuando se consiente fácilmente que se deje de hacer lo que está mandado.
- Cuarto, cuando para conservar la amistad de los niños se les manifiesta excesivo afecto y ternura, concediendo algo en particular a los más íntimos o dejándoles demasiada libertad, lo cual no edifica a los otros y causa desorden.
- Quinto, cuando por cierta timidez natural se habla o se reprende a los niños con tanta flojedad o tan fríamente, que no prestan ninguna atención o no les produce la menor impresión.
- Sexto, en fin, cuando se olvida fácilmente el deber del maestro en lo referente a su exterior (que consiste principalmente en mantenerse en tal gravedad que mueva a los niños al respeto y a la compostura), ya sea hablándoles demasiado y con familiaridad, ya permitiéndose alguna vulgaridad.

También hay una sección detallada sobre los tipos de niños que deben ser castigados y los que no. La distinción en este caso es fundamental, ya que no todos son iguales. Aquí, La Salle muestra un ojo perspicaz para la dinámica emocional a la que están sujetos los niños, y asegurarse de que las correcciones realmente logran lo que deben; es decir, corregir el comportamiento incorrecto. *La Guía* habla de los niños que reciben poca atención en casa, de los que son viciosos, mal educados, caprichosos, atolondrados de diversas maneras, tímidos, educados con blandura, simples, pequeños o enfermizos. En algunos casos, como el de los testarudos, la corrección debe usarse siempre, pero en muchos de estos casos debe aplicarse juiciosamente o no aplicarse en absoluto. Todas estas prescripciones detalladas pretenden asegurar que "la firmeza no degenere en dureza y que la dulzura en languidez y flojedad" (GE 15.0.6).

Estas medidas disciplinarias no se habrían mantenido si no hubieran sido exitosas. Así como el uso escaso o frecuente de la disciplina produce aversión hacia los maestros y la escuela, también un uso moderado y justo de la misma produce el efecto contrario. La opinión general favorable de las escuelas por parte del público en general

certifica el grado de éxito que tuvieron las escuelas que utilizaron estas medidas específicas y principios generales.

La influencia del silencio

El silencio era un factor fundamental en la gestión de las Escuelas Cristianas. Los visitantes de las escuelas apenas podían creer el silencio que impregnaba una institución donde se enseñaba a quinientos niños. El primer biógrafo de La Salle, el canónigo Blain, contemporáneo de La Salle, escribió,

> Su sorpresa aumentaba cuando, al entrar, veían al maestro en medio de aquella multitud de alumnos aturdidos, todos tan silenciosos como si fueran un auditorio escuchando el sermón de un elocuente predicador. Asombrados por tan novedoso espectáculo, han permanecido durante horas, inmóviles y atentos, oyendo leer a los niños, observando las señales del maestro que corregía sus errores y admirando el orden y el silencio que allí reinaban.[17]

Las voces de los alumnos portaban la educación. Al hacer del silencio la norma, y no la excepción, la atención se centraba en el aprendizaje y no en la enseñanza verbosa.

"El silencio es uno de los principales medios para establecer y mantener el orden en la escuela" (GE 11,3,1). Los maestros deben hablar poco con los alumnos en clase y no hablarán "sino rara vez y muy bajo" (GE 11,3,3). Esto, sin embargo, no significaba que hubiera poca comunicación en el aula. La actividad de enseñar se definía por la interacción, por lo que debía haber algún medio por el que dicha interacción pudiera producirse. Pero el tipo de interacción apropiado para la enseñanza elemental en el siglo XVII tiene poco parecido exterior con el apropiado para la enseñanza elemental de hoy. En

---

17 Blain, Jean-Baptiste. The Life of John Baptist de La Salle, Founder of the Institute of the Brothers of the Christian Schools; A Biography in Three Books. Vol. 2, traducido por Richard Arnandez, FSC, y editado por Luke Salm, FSC. Landover, Maryland: Lasallian Publications Christian Brothers Conference, 2000, p. 118.

tiempos de La Salle, esa interacción era en gran medida reglamentada y no verbal.

> Como hay muchas ocasiones en que los maestros podrían hablar, y en las cuales se les recomienda que usen un signo en vez de la palabra, esto ha obligado también a establecer numerosos signos de diferentes clases. Para ordenarlos de alguna manera, se los ha distinguido según su relación a los ejercicios y los actos que de manera más habitual se realizan en las Escuelas Cristianas. Para hacer la mayoría de los signos que se emplean en las Escuelas Cristianas, se usará un instrumento llamado señal, que estará hecho de la forma siguiente (en el manuscrito habría un dibujo de la señal) (GE 12,0,3-10,2,4).

Algunos signos eran claros, como golpear un texto para indicar a los alumnos que debían prepararse para leer. Otras eran más extraños, como mover una mano levantada de la derecha a la izquierda para indicar a los alumnos que debían adoptar una mejor postura en sus asientos. La señal se utilizaba con mayor frecuencia, y el maestro indicaba comportamientos específicos pulsándola, señalándola y agitándola de todo tipo. En muchos casos, los signos implicaban un contacto visual directo seguido de un gesto de modelado por parte del maestro una serie de chasquidos que tenían significados específicos en un patrón establecido en función del tema estudiado. Un capítulo completo de la *Guía* está dedicado a la exposición de estos signos y señales.

El silencio había sido recomendado por Carlos Démia para las escuelas de Lyon, pero La Salle lo elevó casi a arte en las Escuelas Cristianas. Las razones de este contexto silencioso para la enseñanza no eran sólo prácticas. Las escuelas reflejaban una característica que La Salle había cultivado en sí mismo toda su vida, la presencia silenciosa de Dios en el mundo y en uno mismo. Aunque sólo fuera por eso, para el mundo exterior a las aulas, era la atmósfera silenciosa que impregnaba las Escuelas Cristianas lo que las identificaba más inmediatamente.

Una actitud reservada de respeto

El último componente de la actividad docente que destacaba en las Escuelas Cristianas era la reserva y el respeto que mostraban maestros y alumnos en clase. Los maestros nunca tocaban a los alumnos, y explícitamente tampoco cuando corregían. Su presencia comunicaba siempre seriedad y preocupación fraterna. Todos sus esfuerzos se concentraban en realizar sus tareas de manera digna de su exigente vocación.

> (El maestro) cuidará de mantener el exterior muy digno, de guardar suma gravedad, sin incurrir en nada inconveniente, o que parezca propio del niño o del alumno, como sería reír o hacer algo que pudiera provocar la risa de los alumnos. La gravedad exterior que se pide al maestro no consiste en presentar exterior severo, en mostrar enfado ni en decir palabras duras; consiste, más bien, en mantener la compostura en sus actos y en sus palabras. El maestro cuidará, sobre todo, de no familiarizarse en absoluto con los alumnos, de no hablarles con dejadez y de no permitir que le hablen sino con mucho respeto (GE 3,1,16-3,1,18).

Ese comportamiento formal no significaba la falta de toda preocupación personal entre maestro y alumno. Suficientes referencias a las meditaciones de La Salle y a la preocupación por los alumnos mostrada en la *Guía* han establecido ya la relación del maestro con los alumnos. El canónigo Blain escribió:

> El orden, el silencio y la modestia que se observaban en las clases de los Hermanos, en medio de una población escolar compuesta por niños naturalmente bulliciosos, vertiginosos y testarudos, incapaces de mantener la atención, eran espectáculos de los que la gente nunca se cansaba. La gente del pueblo acudía a la escuela para satisfacer su curiosidad y para ver cómo los niños, tan propensos a cortar, se volvían pronto recogidos y atentos a las lecciones que se les impartían con tanta economía de palabras.[18]

---

18 Blain, Jean-Baptiste. *The Life of John Baptist de La Salle, Founder of the Institute of the Brothers of the Christian Schools; A Biography in Three Books*. Vol.

De hecho, puede ser que la reserva con la que los educadores lasalianos realizaban su trabajo contribuyera a la estima que los alumnos sentían por ellos, pues los alumnos experimentaban un tipo de respeto, atención, trato justo e interés por su bienestar que raramente encontraban en otra parte de sus vidas. La Salle sabía que el comportamiento exterior de uno marcaba la diferencia, como cuando se dice que amonestó a un Hermano: "Sus Hermanos se quejan de que nunca se le ve ecuánime, y dicen, en general, que parece usted la puerta de una cárcel".[19]

Esta característica –impregnar todas las interacciones dentro de una escuela con una actitud reservada de respeto– concluye adecuadamente una visión general de los elementos pedagógicos que conforman la espiritualidad pedagógica de Juan Bautista de La Salle y sus seguidores. Una actitud general reservada en una escuela es esencial porque los educadores ocupan una posición privilegiada en cuanto a su "diferencia de poder" con sus alumnos. Con una conciencia clara e intencionada de los límites de su relación educativa, nacida de un respeto inquebrantable por la dignidad y la "santa presencia" de cada alumno, la educación atenta y reflexiva puede cumplir su propósito e intención: "mover los corazones" de los alumnos y proporcionarles la orientación que necesitan para crecer en mente, corazón y alma.

La dimensión religiosa

Las Escuelas Cristianas no se llamaban así sólo para distinguirlas de las Escuelas de Caridad y de las *Petites Écoles*. En Francia, "cristiano" significaba entonces "católico romano". Llamar a una escuela "cristiana" subrayaba la dimensión religiosa de la educación, la preocupación religiosa de su currículo y el propósito religioso fundamental de su establecimiento. Los Hermanos se centraban principalmente en las escuelas y en la educación, de ahí el nombre "de las Escuelas

---

2, traducido por Richard Arnandez, FSC, y editado por Luke Salm, FSC. Landover, Maryland: Lasallian Publications Christian Brothers Conference, 2000, pp. 22–23.

19 *Ibid*, p. 198.

Cristianas" en lugar de otras posibilidades. Este ministerio se ocuparía de las escuelas, de educar a los niños, y de hacerlo bien.

En la *Regla* de los Hermanos de 1705 se decía:

> El fin de este Instituto es dar cristiana educación a los niños; y con este objeto tiene las escuelas, para que, estando los niños mañana y tarde bajo la dirección de los maestros, puedan éstos enseñarles a vivir bien, instruyéndolos en los misterios de nuestra santa religión, inspirándoles las máximas cristianas, y darles así la educación que les conviene[20].

Todo lo que hacían los maestros tenía como objetivo formar católicos comprometidos que se convirtieran en auténticos discípulos de Jesucristo. Las escuelas estaban estructuradas para facilitar un ambiente en el que esto se pudiera experimenta, y los maestros estaban formados para conseguirlo con el mayor cuidado y asiduidad.

Las escuelas de La Salle, estas "Escuelas Cristianas", se preocupaban principalmente por las almas de los alumnos. Sin embargo, la enseñanza religiosa estaba entretejida en el horario escolar, las rutinas escolares, el enfoque escolar y las relaciones escolares. Se impartía por medios directos e indirectos. Los elementos religiosos explícitos incluían la instrucción religiosa diaria.

Las escuelas ofrecían una educación completa, con más tiempo dedicado a las materias seculares que a la instrucción religiosa. El objetivo era formar cristianos maduros y cultos, no simplemente instruir en las verdades cristianas. Los medios incluían tanto la vigilancia como el cuidado, la enseñanza y el ejemplo. Todos los aspectos de la vida escolar servían de vehículo para la enseñanza cristiana.

Explícitamente, la media hora diaria de enseñanza religiosa se consideraba la instrucción más importante del día. La materia para

---

20 O'Gara, Eugene, FSC, trad. y ed. *La Regla de 1705: versión en inglés.* Preparada para el Instituto Buttimer III, junio de 1989. Landover, Maryland: Lasallian Publications, Christian Brothers Conference, n.d., p. 3.

la enseñanza religiosa procedía del catecismo de la diócesis, y los Hermanos preparaban sus lecciones de religión utilizando los libros sobre *Los Deberes del cristiano* que escribió La Salle. También incluían una breve "reflexión" de dos o tres minutos por parte del maestro sobre algún punto de fe o moral para animar a los alumnos a tomar buenos propósitos. Aunque los temas estaban especificados, el maestro tenía cierta flexibilidad para adaptarlos a las necesidades específicas y al contexto de la jornada escolar. La reflexión se producía cuando un maestro animaba e inspiraba a los alumnos a vivir bien su vida de fe, "de corazón a corazón".[21]

La enseñanza religiosa debía ser a la vez informativa y atractiva. La Salle y sus Hermanos conocían la capacidad de aprendizaje de los niños pequeños.

> Procurará interrogar mucho y hablar muy poco; y sólo hablará de la materia propuesta para ese día, teniendo cuidado de no apartarse del tema. Hablará siempre de una manera tal que inspire respeto y comedimiento a losalumnos, y nunca dirá nada vulgar o que pueda provocar risa. Tendrá cuidado de no hablar con dejadez o de forma que produzca aversión. En cada catecismo no dejará de proponer a los alumnos algunas prácticas e instruirles lo más a fondo posible en las cosas referentes a las costumbres y a la conducta que hay que observar para vivir como verdadero cristiano. Pero resumirá esas prácticas y esos puntos de moral en preguntas y respuestas, lo cual contribuirá en gran manera a despertar la atención de los alumnos, y a que los retengan más fácilmente. Tendrá cuidado de no perturbar el catecismo con reprensiones o correcciones a destiempo, y en el caso de que algún alumno sea merecedor de una u otra, no se lo dará a conocer en el acto, sino que lo dejará para el día siguiente, antes del catecismo (GE 9,3,3-9,3,4).

---

21 Rummery, Gerard. "La Reflexión". En *Temas Lasalianos*, Volumen 2, 476. Roma: Hermanos de las Escuelas Cristianas, 1995, p.168.

Además de la lección de religión, cada día incluía múltiples oraciones, la asistencia a la misa de la parroquia local y la aplicación de máximas evangélicas por parte del maestro cuando las ocasiones lo requerían, reforzando principios o enseñanzas evangélicos específicos. La metodología de enseñanza estaba impregnada del dinamismo religioso de los Evangelios.

La Salle se dio cuenta de que "por mucha fe que tengan y por muy viva que sea, si (los alumnos) no abrazan la práctica de buenas obras, su fe no les serviría de nada" (Med. 200.3). Se hacía todo lo posible para dirigir a los alumnos a practicar las virtudes que se les enseñaban.

Proporcionalmente, se dedicaba más tiempo a enseñar a leer, escribir y calcular que a enseñar religión. Estas materias profanas debían enseñarse con sumo cuidado. « ¿Habéis enseñado los que tenéis bajo vuestra dirección las cosas exteriores que son de vuestra obligación, como la lectura, la escritura y todo lo demás, con el mayor esmero posible? (Med. 91.3) Al prestar una educación completa a sus alumnos, los maestros de la Escuela Cristiana demostraban la integridad esencial de una educación cristiana completa. La catequesis, entendida en su forma limitada de instrucción de las verdades cristianas, no era el objetivo de las Escuelas Cristianas. El objetivo de las Escuelas Cristianas era formar cristianos maduros y cultos, y esto implicaba algo más que la instrucción en las verdades cristianas, por muy importante que ésta fuera. La educación integral era algo que sólo podía conseguirse con un planteamiento escolar.

En su libro sobre la cortesía, La Salle señala que es en las relaciones cotidianas donde puede hallarse la perfección cristiana. Los niños deben considerar el decoro y la cortesía "como virtud que guarda relación con Dios, con el prójimo y con nosotros mismos.... En otras palabras, los niños deben hacer estas cosas por respeto a la presencia de Dios, ante el cual viven".[22] El respeto mostrado a los demás, incluidos los pobres, se debe al reconocimiento del hecho de que pertenecen a Jesucristo y son hijos de Dios.

---

22 Juan Bautista de La Salle. *Obras Completas*, *Reglas de Cortesía y Urbanidad Cristianas*. ARLEP-RELAL. (Publicaciones www.lasalle.org), p. 197.

La Escuela Cristiana era un lugar donde se esperaba que los alumnos aprendieran tanto lo que necesitaban saber para la salvación inmortal como lo que necesitaban saber para su integración madura en la sociedad como adultos cristianos. Los Hermanos no eran individuos que enseñaban religión a los alumnos. No eran catequistas, entendidos de nuevo en el sentido limitado de enseñan sólo verdades religiosas. Los deberes de los maestros incluían de todo, desde vigilar la vida familiar de los alumnos hasta enseñarles a sostener una pluma, desde asegurarse de que todos desayunaban algo hasta administrar correctivos por comportamiento incorrecto, desde saber lo que ocurría en las calles donde vivían los alumnos hasta saber qué alumnos se beneficiarían de ser promovidos.

Así como los Hermanos llegaron a conocer a sus alumnos en una variedad de situaciones, los alumnos también llegaron a conocer a sus maestros a través de una variedad de materias escolares. La relación que propugnaba La Salle era la que se establecía con el tiempo a través de diversas actividades. Era esta *relación* la que atraía a los alumnos a la práctica de su fe, así como a la particular enseñanza religiosa que salía de boca de sus maestros. La combinación de firmeza y dulzura, enseñanza y ejemplo, aplicada a todas las asignaturas impartidas en la escuela e impregnando todos los aspectos de la vida escolar, era el vehículo de la instrucción cristiana.

Así como la vida entera fuera de la escuela, con todas sus manifestaciones dentro del aula, era siempre parte de los alumnos, continua e inseparable de su carácter, así también la vida total dentro de la escuela, con todas sus aventuras y preocupaciones frente a la vida exterior, era siempre parte de los maestros, continua e inseparable de su vocación. Es en la vorágine de esas relaciones y dinámicas donde la comunidad de la "Escuela Cristiana" se convirtió en un remanso de relativa paz y orden, surgiendo como un auténtico medio de salvación para los alumnos confiados a su cuidado.

CONCLUSIÓN

La educación se ha vuelto mucho más accesible, sistematizada y compleja en comparación con los primeros días del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Con el auge de la tecnología, el aprendizaje está ahora disponible a través del dispositivo accesible por Internet o del teléfono móvil más cercano, y los agentes de inteligencia artificial están listos para ayudar a cualquiera a acceder al vasto acervo de conocimiento humano que hemos acumulado a lo largo de los siglos. ¿Qué ofrece, pues, la espiritualidad pedagógica de la educación lasaliana en el contexto moderno de la escuela y el aprendizaje?

Un lector atento de este ensayo habría supuesto que las perspectivas y prácticas que La Salle y los primeros Hermanos aplicaron y vivieron a finales del siglo XVII siguen teniendo una enorme relevancia para hoy. Observaron las realidades de su época y respondieron desarrollando un itinerario educativo accesible para los pobres, y para todos los demás, dando respuesta a las necesidades reales de forma realista, adaptando los programas y enfoques según las necesidades o según se considerara útil. Parte de la solución consistió en formar una comunidad de maestros bien formados, motivados y trabajadores, cuyo compromiso procedía esencialmente de sus fuentes espirituales, de los demás y de los alumnos de sus escuelas. No es una mala combinación, y desde luego no se limita históricamente a ese periodo.

Los retos educativos pueden tener un alcance muy amplio, pero también pueden reducirse rápidamente a los detalles de nuestra vida cotidiana; El Covid-19 lo dejó claro. El reto más reciente, por supuesto, es la Inteligencia Artificial y su impacto en la economía del conocimiento, especialmente en las escuelas y el aprendizaje.

Un comentarista del New York Times escribió: "Estar en línea no es sólo algo que hacemos. Se ha convertido en lo que somos, transformando la naturaleza propia de cada persona.... Cuando somos adictos a la vida en línea, cada momento es divertido y entretenido, pero el conjunto es profundamente insatisfactorio. Supongo que una versión moderna del heroísmo es recuperar el control de los impulsos sociales, decir no a mil contactos superficiales en aras de unas cuantas

atrevidas inmersiones".[23] La verdadera educación consiste en esas "atrevidas inmersiones", y nuestra herencia lasaliana nos ha mostrado dónde se encuentran los lugares más hermosos para hacerlo. Sólo tenemos que completar los detalles.

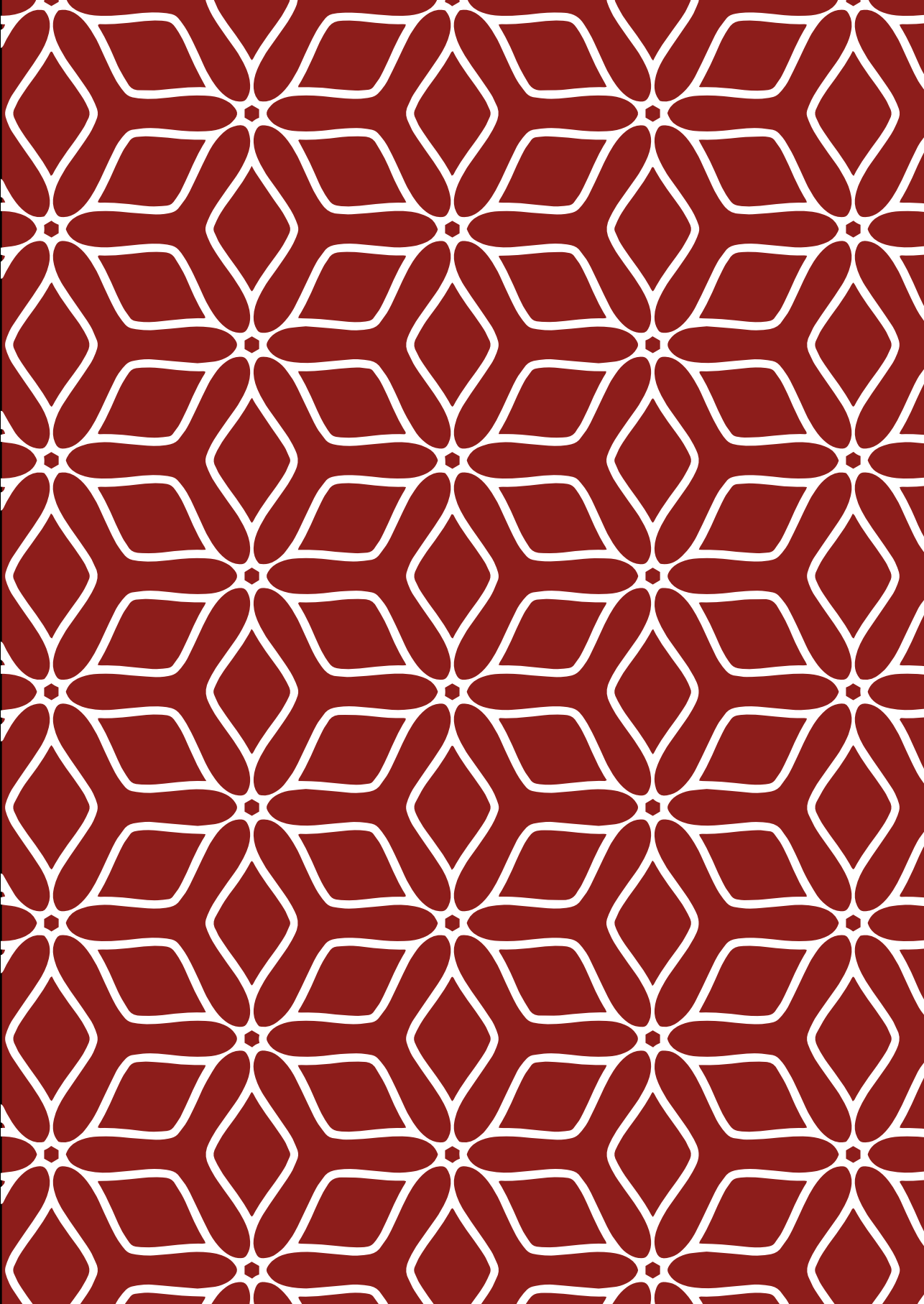
La próxima generación digital de estudiantes adquirirá y arrastrará sus propias pobrezas como resultado del desarrollo de la Inteligencia Artificial, y corresponderá a los educadores lasalianos identificar y abordar esas pobrezas al tiempo que les proporcionan una educación que les "enseñará a llevar una buena vida". Esos detalles están aún por descubrir, y esto también forma parte de la aventura lasaliana. Sin embargo, si el pasado es un indicio, como demuestran los detalles de la espiritualidad pedagógica de La Salle ofrecidos en este ensayo, los educadores lasalianos tienen acceso a una herencia educativa que siempre ha sido capaz de buscar, desarrollar y facilitar los mejores medios para dar respuesta a las auténticas necesidades educativas de aquellos confiados a nuestro cuidado.

No hay ninguna razón por la que no pueda seguir siendo así hoy y en el futuro.

---

23 David Brooks. *Intimacy for the Avoidant*, New York Times, 7 de octubre de 2016.

SIGNUM FIDEI



SIGNUM FIDEI

Hermanos de las Escuelas Cristianas

lasalleorg

www.lasalle.org

ISBN: 978-88-99383-40-4